

SAN AGUSTIN

HISTORIA DE UNA INQUIETUD

acanto



PIO DE LUIS VIZCAINO

SAN AGUSTIN

HISTORIA DE UNA INQUIETUD

© PPC. Enrique Jardiel Poncela, 4 - 28016 Madrid
Portada y dibujos de Francisco Izquierdo
I.S.B.N.: 84-288-0764-7
Depósito legal: M. 12.779-1986
Impreso en España - Printed in Spain
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Torneros, 58. Polig. Ind. Los Angeles
GETAFE (Madrid)



PRESENTACION

*V*ERANO del 386: tras varios años de inquietud y búsqueda, Agustín arribaba al puerto de la fe de su madre y de su infancia, que había abandonado en su juventud. Al cumplirse el décimo sexto centenario del acontecimiento, de relevancia eclesial y universal, su aventura personal se nos ofrece para ser leída, contemplada y revivida. A ello queremos ayudar.

Partimos de la convicción de que Agustín tiene algo que decirnos a los hombres de nuestro tiempo, sin distinción de edades. Y aunque no tuviésemos su palabra, ahí está su vida, a la que ninguna palabra iguala. Agustín no presenta teorías, presenta experiencias. El vivir no le resultó fácil, como tampoco nos resulta a nosotros. Fue el hombre de los muchos problemas, que coinciden casi siempre con los nuestros. Pero problemas a los que dio solución, a veces tras mucha fatiga y no pocas equivocaciones. Solución que, quizá, sea válida también para nosotros. Conocerla puede ser provechoso.

Al escribir estas páginas sobre Agustín de Tagaste, queremos ofrecer al lector una visión, lo suficientemente completa de su vida, personalidad y pensamiento. Completa en la medida en que lo permite el reducido número de páginas del libro. Y hemos querido hacerlo en un

lenguaje llano, sencillo y accesible a todos. Frecuentemente dejamos hablar a Agustín mismo, aun sabiendo que la forma de sus expresiones pueden hacer lenta la lectura. Con frecuencia evitamos el emitir juicios, porque consideramos preferibles los de Agustín. Nos ha parecido conveniente transcribir de vez en cuando textos escogidos, para que el lector saboree por sí mismo la profundidad de sus pensamientos, siempre cargados de vida, y la belleza de expresión. Y también, en el fondo, contemplando la posibilidad de que sirva de estímulo para entrar en un contacto más directo con su obra. Quien le conoce un poco, desea y busca conocerlo mejor, porque su personalidad es tan atrayente ahora como hace dieciséis siglos.

INTRODUCCION

LAS CONFESIONES, ¿diario de Agustín o... «biografía» de Dios?

*Nos hiciste Señor para ti e inquieto
está nuestro corazón hasta que des-
cansa en ti.*

AGUSTIN cuenta ya cuarenta y tres abriles. Desde hace dos años es obispo, muy a pesar suyo. Tiene que renunciar a sus sueños de pasar la vida entregado a la oración, a la contemplación y al estudio. Sus ocupaciones como obispo le roban muchas horas del día. Pero aún saca tiempo para escribir cartas a los amigos, resolver arduas cuestiones doctrinales, rebatir herejes, comentar la Escritura, celebrar el culto, etc. Y, lo que más nos interesa aquí, para escribir sus *Confesiones*, la más famosa de sus obras, la que se lee con más gusto, la que siempre nos emociona, como también le emocionaba a él.

¿Qué son las *Confesiones*? Yo diría que un diario de Agustín y una «biografía» de Dios. Es difícil averiguar si Agustín habla más de sí mismo o de Dios. Tampoco importa mucho la cuestión, porque habla lo suficiente de ambos. En las *Confesiones* nos dejó un diario de sus sentimientos; mejor, de su corazón. No constituyen una vida de Agustín, sino la vida del corazón de Agustín: lo que

amó y lo que odió; lo que amó más y lo que amó menos; lo que amó bien y lo que amó mal. Personas, cosas e ideas, todo. Todo esto nos lo dejó escrito a lo largo de trece libros. Hasta su conversión y bautismo, los nueve primeros; el décimo nos informa sobre los años en que escribía; los tres últimos dedicados a la Escritura. Agustín, obispo, repiensa su vida. Para que nada quede oscuro, lo hace ante la luz de Dios que todo lo penetra y todo lo ilumina. Así nos la presenta para que podamos verla y contemplarla. Para que podamos conocer quién fue Agustín y cómo es Dios.

Las *Confesiones* son también una «biografía» de Dios. A El van dirigidas todas y cada una de las líneas de esta obra. Líneas que son con frecuencia Su propia palabra. Han sido arrancadas de la Biblia y traspasadas aquí. Las *Confesiones* son una oración a Dios, escrita con las palabras de Dios. Dios que se oculta o que se manifiesta, pero que siempre está presente; que Agustín conoce o desconoce, pero que siempre busca; que castiga o corrige, pero que siempre ama. El Dios vivo y providente, que se preocupa de sus criaturas y sigue sus pasos, no el Dios de los filósofos despreocupado de este mundo. El Dios al que Agustín entona un cántico de alabanza, de acción de gracias y otro de súplica de perdón, que es el mismo: las *Confesiones*. El Dios al que Agustín puede dirigirse con estas palabras: «Clamaste y diste voces y rompiste mi sordera; relampagueaste, resplandeciste y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste fragancia, la respiré y anhelo por ti; gusté de ti y tengo hambre y sed; me tocaste y me abrasé en deseos de tu paz» (*Confesiones*, X, 27, 38).

Así las *Confesiones* nos presentan dos vidas, dos corazonces que se mueven en torno a distintos amores y que acaban uniéndose. Dos caminos divergentes que, de

forma maravillosa, terminan juntándose. Decimos dos y podríamos decir infinitos. ¿Cuántos no se han sentido reflejados en las páginas de las *Confesiones*? La historia de Agustín ha sido la de muchos jóvenes y seguirá siendo la de muchos más. El obispo de Hipona lo sabía; por eso se propuso escribir con el corazón en la mano, con la tinta de sus lágrimas, este libro.

Cuando Agustín componía la obra de su corazón quería asociar a sus amigos en el canto de alabanza, de acción de gracias y de súplica de perdón: «Que muchos te den gracias por mí y que muchos te rueguen por mí». No vamos a rogar por él porque no lo necesita. Si, en cambio, seguiremos dando gracias a Dios porque obró maravillas en Agustín y agradeceremos a Agustín el que nos haya dejado sus *Confesiones*, guiados por las cuales vamos a trazar esta semblanza biográfica.

«Las confesiones de mis maldades pasadas que Tú me perdonaste cubriéndolas de tu indulgencia, para hacerme feliz en ti, transformando mi alma con la fe y tu sacramento (bautismo), cuando se leen, o se oyen, despiertan el corazón para que no se duerma en la desesperación, ni diga NO PUEDO, sino que vele en el amor de tu misericordia y en la dulzura de tu gracia con la cual es poderoso todo hombre flaco, que llega por ella a conocer su flaqueza. Y a los buenos es deleitoso oír los males pasados de aquellos que ya escaparon de ellos» (*Confesiones* X, 3, 4).



I
UN ENCUENTRO:
CON LA VIDA

ESTA FUE SU PATRIA

El Africano.

SAN Agustín fue hijo del Africa abundantemente regada con la sangre de los mártires. Su patria chica fue Tagaste. Actualmente es una pequeña ciudad de Argelia, de unos 2.000 habitantes, denominada Souk-Ahras. Cuando Agustín vio allí por primera vez la luz del sol era una villa sin mayor relieve, cuyo número de habitantes no podemos indicar. Pertenecía a la provincia de Numidia, una de las muchas en que estaba dividido el *inmenso imperio romano*. Situada en una meseta, a 700 metros de altitud, le procuraban el sustento necesario los vallecitos de sus alrededores, cubiertos de cereales y de olivos. Grandes bosques de pinos se interponían entre sus habitantes y el mar Mediterráneo, distante poco más de 300 kilómetros.

A pesar del grano y las aceitunas, aquellas gentes saboreaban la pobreza. Acostumbraban a trabajar la tierra y a ganar con el sudor de su frente el pan que iban a comer los ociosos ciudadanos de Roma o los soldados que se hallaban junto al Rhin o el Danubio defendiendo las fronteras del imperio, constantemente amenazadas por los bárbaros. Los impuestos y las tasas oprimían a los pobres campesinos. Sin embargo, no les faltaba el tiempo para asistir al anfiteatro a presenciar los juegos y cazas de

fieras que organizaban los ricachones de las villas, «los únicos que vivían». A su sombra buscaban protección. A cambio de ella, solamente pedían una inclinación cuando pasaban o un simple descubrirse. Otras veces se conformaban con la gloria de ver levantada una estatua en su honor en el foro de la ciudad.

El imperio que ahora les comía el pan, antes les había dado otro: el de la cultura. Allí se hablaba el latín, aunque muchos campesinos hablasen el púnico también o tal vez sólo el púnico. A medida que se adentraban en el interior, esto era lo más frecuente.

El cristianismo había penetrado ya con pie firme. Pocos años antes del nacimiento de Agustín, la ciudad había sido donatista en su totalidad, pero luego volvió a la unidad católica, como resultado de las leyes imperiales. La conversión fue algo más que oportunista. Más tarde escribiría Agustín que sus habitantes detestaban tanto el donatismo, que daba la impresión de no haber estado nunca de su parte. Pero Cristo aún no había entrado en todos hogares ni en todos los corazones, como veremos en la familia de Agustín.

Sólo una mínima parte de su vida pasó Agustín en su pueblo natal. Pronto buscará horizontes más amplios. El mar, que ahora encontraba lejos, le hará compañía durante muchos años de su afanosa existencia.

Y ESTOS SUS PADRES

Mis padres en esta luz; mis hermanos en el seno de la madre católica; mis conciudadanos en la Jerusalén eterna.

EL hogar en que Agustín vino al mundo lo formaban Patricio y Mónica.

Patricio era «por una parte extremado en el cariño; por otra, arrebatado en la ira» (IX, 9, 19). En Tagaste su nombre corría de boca en boca, y casi siempre para ensalzarle. Gastó cuanto fue necesario para que su hijo pudiera seguir los estudios, sin que le importase la escasez de sus bienes. Otros vecinos suyos, mucho más ricos que él, jamás se habían tomado semejantes molestias. Amaba la propia sangre, que quería ver continuada en su descendencia. De aquí su alegría cuando descubre en Agustín los signos de un hombre que puede proporcionársela. Morirá pronto, recién llegado Agustín a Cartago a continuar el estudio de la retórica. En las *Confesiones* el hijo lo recordará de paso solamente.

Mónica fue educada en la fe cristiana ya desde la infancia. Según la costumbre de la época, se casó con quien le dieron por marido, no con el hombre libremente elegido por ella. Pero le sirvió como hubiera servido al Señor mismo. Se esfuerza por ganarlo para Dios hablándole de El con sus costumbres. Eran éstas las que la hacían a los ojos del marido hermosa, amable y digna de admiración. Amaba a sus hijos y ansiaba tenerlos a su lado. «Deseaba tenerme consigo, como suelen las madres, pero mucho más que la mayoría de ellas» (V, 8, 15).

Patricio y Mónica no escatimaron sacrificios en pro de la educación de Agustín. Ambos se ilusionaban con la

esperanza de ver en él un sabio. Ambos anhelaban ardentemente que fuese buen estudiante: el padre porque, no pensando en Dios, se formaba castillos en el aire sobre su hijo; la madre porque estaba convencida de que los estudios no son un estorbo, sino una gran ayuda para llegar a Dios.

Madre piadosa y fiel sierva de Dios, lloraba los desca-rríos del hijo «más que otras madres lloran la muerte del cuerpo» (III, 11, 19). Viuda casta y sabia, «como las que Dios ama», no cesaba de llorar por él delante de Dios en todas sus oraciones. Rezaba y actuaba. Visitaba obispos rogándoles que se dignasen hablar con Agustín, refutar sus errores y enseñarle la sana doctrina. No le hicieron caso, pero de uno de ellos escuchó esta consoladora res-puesta: «Vete en paz, mujer; no es posible que perezca un hijo que ha costado tantas lágrimas» (II, 12, 21).

Llora amargamente la separación física de su hijo, cuando éste marchó para Roma. Sin embargo, lo que más dolor le causó fue el haberse sentido engañada. Le sigue por tierra y mar, dando ánimos a los marineros cuando se levantaba alguna tempestad. Primero a Roma, luego a Milán. Acudía con solicitud a la iglesia y quedaba col-gada de las palabras de S. Ambrosio, al que obedeció en todo. Insiste a Agustín para que se case, quizá dejándose llevar de ocultos egoísmos. Como todos los hijos de Adán, tampoco se vio libre de debilidades.

Convertido el hijo, es ella la primera que recibe la noticia. Su regocijo es inmenso y el júbilo sin límites. Da gracias a Dios porque le había concedido más de lo que le acostumbraba a pedir en sus oraciones acompañadas de lágrimas. También ganó para Dios a su marido. Poco antes de morir, Patricio entró a formar parte de la familia cristiana mediante el nuevo nacimiento del bautismo.

Muere en Ostia Tiberina, junto a Roma, y su testa-mento será: «Enterrad este cuerpo en cualquier parte. No os preocupe más su cuidado. Sólo os ruego que donde quiera que os hallareis os acordéis de mí ante el altar del Señor» (IX, 11, 28). Contaba ella 56 años y Agustín 33. Sus restos mortales reposan hoy en la iglesia de San Agustín de Roma.

Esto es casi todo lo que Agustín refiere acerca de su padre y algunas cosas, pocas, de las muchas que dejó escritas sobre su madre. ¿Cómo se explica tal despropor-ción?

Patricio fue padre, Mónica dos veces madre. Ambos le donaron la vida del cuerpo. Mónica, además, le dio la del alma, la fe cristiana. Con la educación desde la pri-mera infancia, con el ejemplo, con sus lágrimas y súplicas cuando se hallaba en el error. A Agustín convertido y obispo de la Iglesia católica, le importaban menos los nueve meses que le llevó en su seno, que los nueve años de su error maniqueo durante los cuales ella le llevó en su corazón. Apreciaba mucho el que hubiese contribuido a hacer y hubiese alimentado aquel cuerpecillo, pero apreciaba infinitamente más el haber sembrado en su alma la semilla de la fe cristiana y el haberla regado con sus lágrimas y el rocío divino hecho descender por sus oraciones, hasta que un día brotó y creció la planta fron-dosa de una vida consagrada a Dios. En esto Patricio no tuvo parte alguna, aunque fue bastante el que no pusiera obstáculos a la influencia piadosa de la madre sobre el hijo. El no era creyente, pero nunca se opuso a que Agus-tín perteneciera a la Iglesia. Se comprende ahora el por qué de tantas páginas dedicadas a Mónica. La vida de la madre corre pareja con la del hijo, como se verá en lo que sigue.

El libro IX de las *Confesiones* es un canto de alabanza a las virtudes de la madre y la acción de gracias a Dios que se las donó. Pocas veces la grandeza del hijo ha obtenido tanta grandeza para la madre, a ejemplo del Hijo y Madre de Dios.

Fruto del matrimonio de Patricio y Mónica fueron también Navigio y Perpetua. Agustín es muy sobrio hablando de ellos. El brillo de su figura ha eclipsado a quienes llevaron su misma sangre.

INFANCIA Y NIÑEZ

*Gozaba de la amistad...
Huía de la ignorancia...*

A GUSTIN vio la luz el 13 de noviembre del año 354. Como cualquier otro niño, nada más nacer, saboreó el regalo de la leche materna. Entonces, dirá él mismo, «no sabía yo otra cosa que mamar, disfrutar ese regalo y llorar cuando sentía molestias en la carne. Nada más» (I, 6, 7).

«Después, prosigue, comencé a reír: al principio dormido; luego despierto. Así me han dicho que hacía yo. Lo creo porque es lo que veo en los otros niños... Quería expresar mis deseos a los demás para que los cumplieran, y no podía. Por eso agitaba mis miembros y gritaba. Cuando no me daban gusto, me enfadaba con mis mayores porque no me obedecían y me vengaba de ellos llorando. A otros muchos que no hacían caso a mis señales y caprichos, intentaba hacerles el mayor daño posible con los golpes de mis manecitas. No sabía que si hubiesen obedecido a mis deseos, hubiese sido para daño mío» (I, 7, 11). Finalmente, «entre las caricias de los míos y los juegos y fiestas de quienes se reían conmigo, observándoles a ellos, fui aprendiendo a hablar» (I, 14, 23). Aquí acabó su infancia.

Tampoco la niñez de Agustín fue distinta de la de los demás niños. Sus padres se preocuparon de su formación, de sus estudios. En Tagaste hubo de ir a la escuela. A ella le llevaron para que aprendiese a leer y escribir. «Yo, triste de mí —escribirá más tarde—, no sabía la utilidad que había en ello» (I, 9, 14). El temor a los azotes era la única

razón que le obligaba a estudiar. Es de todos conocida la máxima de los antiguos: «La letra con sangre entra». Tales azotes, además de impulsarle a estudiar, le conducían a Dios. En la escuela aprendió el niño Agustín a experimentar, en la medida de sus posibilidades, que Dios es un ser grande; que aunque no se manifiesta a nuestros sentidos, puede oírnos y socorrernos. De este modo, ya desde niño, rogaba a Dios con no pequeño afecto que no le azotasen en la escuela.

Pues desde chiquillo recibió también educación cristiana. «Ya entonces creía yo en Dios, creía mi madre y toda la casa, excepto mi padre... Pues apenas salí del vientre de mi madre, fui señalado con la cruz y gusté de la sal bendita» (I, 11, 17), es decir, se hizo catecúmeno o candidato al bautismo. La fe era profunda. Siendo aún de pocos años y sintiéndose de repente fatigado por una opresión al pecho, con gran fe y no menor fervor, pidió que lo bautizaran. Pero en seguida comenzó a mejorar y, en consecuencia, el bautismo no se le administró entonces, según costumbre de la época. Pensaban todos, y Mónica la primera, que muy probablemente iba a perder luego la gracia bautismal y que el pecado de un bautizado es siempre mayor. Decidieron, pues, dejarlo para más tarde, una vez que hubiera pasado las turbulencias de la adolescencia.

Los azotes que Agustín tanto temía, no eran del todo injustificados, a juzgar por sus palabras: «Pecábamos escribiendo, leyendo o pensando en el estudio menos de lo que se pedía de nosotros. Y no era por falta de memoria o de inteligencia, que Dios nos la había dado suficiente para aquella edad. La causa era que nos gustaba jugar» (I, 9, 15). Agustín, ya obispo, confiesa sus travesuras de entonces: «Pecaba yo, Dios mío, quebrantando los

preceptos de mis padres y maestros que querían que yo aprendiese. Si desobedecía, cosa frecuente, no era para hacer algo mejor de lo que me mandaban, sino por afición al juego» (I, 10, 16). Ansiaba triunfar siempre. Le fascinaba toda clase de cuentos; se sentía lleno de curiosidad y se le marchaban los ojos tras de cualquier espectáculo. Todo le gustaba, menos las letras y que le obligasen a estudiarlas. Muchos años más tarde reconocerá que con ello le proporcionaron un bien inmenso. Reconocerá igualmente que quien no obraba con rectitud era él, al no estudiar más que cuando le forzaban. «Porque —dice—, el que obra contra su voluntad no obra bien, aunque sea bueno lo que hace» (I, 12, 29). De su error al no querer estudiar, se servía Dios para castigarle. «Lo tenía bien merecido yo, niño tamañito y tan gran pecador» (Id.).

El estudio del griego comenzaba entonces desde los primeros años. Nunca le agradó a Agustín. Aborrecía la lengua de Homero que amargó sus primeros años de escuela. Se aficionó, en cambio, al latín. Pero no a la gramática, sino a la literatura. Porque el aprender a leer, escribir o contar le resultó no menos pesado y aburrido que el griego. Sin embargo, no tenía dificultad en aprenderse de memoria a los poetas latinos, sobre todo a Virgilio. Disfrutaba recitando las aventuras de Eneas y hasta llorando la muerte de Dido, que se mató por amores. Grande incoherencia, escribirá más tarde. «Si pregunto qué sería más dañoso para uno, el olvidarse de leer y escribir o el olvidarse de aquellas fábulas, ¿quién no responderá que lo primero?» (I, 13, 22).

La inteligencia de Agustín era grande y él mismo estaba convencido de ello. Todos coincidían en afirmar de él que «era un niño de grandes esperanzas» (I, 17, 27). Si algo robaba a sus compañeros eran los aplausos. Ven-

cedor casi siempre en los concursos, él los acaparaba todos. Tal talento, sin embargo, debió ser causa frecuente de muchos aburrimientos. A la verdad, el «uno y uno, dos; dos y dos, cuatro», le resultaba una cantinela insoportable.

Ya en su madurez, el obispo publica cándidamente los pecados de su niñez: «Entre mis compañeros, ¿quién más gamberrete que yo? Aun siéndolo ellos en buena medida, los superaba yo a todos. Engañaba con innumerables mentiras al pedagogo, a los maestros, a mis padres. Todo por amor al juego y por el gusto de ver vanos espectáculos e imitar después lo visto. Hacía también hurtos de la despensa de la casa y de la mesa. A veces, por la golosina; en otras ocasiones, para dar algo a los otros muchachos para que me permitiesen jugar con ellos. En el juego, vencido por el deseo de sobresalir, amañaba fraudulentas victorias. En cambio nada se me hacía más insoportable que el descubrir a otro haciendo la misma trampa que había hecho yo. Violentamente se lo echaba en cara. Si, al revés, me cogían a mí y me lo reprochaban, antes que ceder, prefería enfurecerme» (I, 19, 20).

Quien reconoce sus pecados, conoce también sus valores y los agradece a Dios. «No quería ser engañado, tenía buena memoria, iba adquiriendo facilidad para hablar, gozaba de la amistad, huía del dolor, de la afrenta, de la ignorancia» (I, 20, 31).

Madaura le esperaba para continuar allí sus estudios.

AQUEL AÑO DIECISEIS DE MI VIDA

*Dulce es también la
amistad de los hombres
con nudo de amor
porque hace de muchas
almas una sola.*

M ADAURA está situada a pocos kilómetros al sur de Tagaste. Ha pasado a la posteridad como patria del poeta latino Apuleyo. Las costumbres y los ánimos de sus habitantes se hallaban todavía impregnados de paganismo. Aquí continuó Agustín su marcha por los senderos de la cultura y de la formación literaria, una vez concluidos los estudios elementales en su pueblo natal. El, como sus padres, soñaba con Cartago, cosa imposible en aquellos momentos. Cumplida su instrucción en Madaura y sin medios para continuar los estudios en la capital del Africa romana, hubo de volver a Tagaste.

Allí vive con sus padres, que nunca como entonces lamentaron su pobreza. Para Agustín, a sus dieciséis años, aflora una vida nueva con el despertar de un inesperado y más intenso sentido social. Se esfuerza por aparecer agradable ante los hombres; descubre el placer de amar y sentirse amado. Pero, inexperto, fue incapaz de mantener el equilibrio y, con palabras suyas, «traspasa la barrera luminosa de las exigencias de la amistad» (II, 2, 2). Nada extraño que coseche los frutos de la inactividad. Sin nada que hacer, sin ocupación estable a que dedicarse, las espinas de la lascivia o impureza encontraron el terreno abonado en la naturaleza pujante de su adolescencia. «Crecieron más altas que mi cabeza y no hubo mano que las arrancara» (II, 3, 6). Si no hubo mano que

las arrancara, fue debido, quizá, a que él no lo permitió. En vano Mónica intentaba mantener a su hijo dentro de la ley del Señor; en vano se fatigaba para que no se apartase de Dios. Sus consejos le parecieron cosas de beatas y hasta se hubiera avergonzado de haberlos seguido. Más tarde, en cambio, sentirá vergüenza por no haberlo hecho.

A falta de ocupación útil, emplea el tiempo en hacer gamberradas con sus compañeros. Había junto a la viña del padre de Agustín un peral cargado de fruta. Ni el aspecto ni el gusto llamaban la atención. Ello no obstó para que un grupo de mozalbetes, entre los que estaba Agustín, decidiesen ir una noche a despojar al árbol de sus peras. Lo sacudieron y se llevaron grandes cantidades, no para comérselas, sino para arrojarlas a los cerdos. Significaba el ser malos de balde. Como él dirá, no había otra causa de aquella malicia, que la misma malicia. «Era una risa, como un cosquilleo del corazón, el ver que estábamos burlando a quienes no sospechaban que hiciésemos tal cosa y lo iban a llevar muy mal» (II, 9, 17).

Quien lea estas páginas y otras aquí no transcritas, quizá saque la conclusión de que Agustín fue un joven pervertido. Nada menos cierto. Agustín escribe las *Confesiones* cuando ya es obispo, a la luz de Dios ante quien todo pecado es monstruoso. Su fe cargaba de color negro cualquier acción contra la ley del Señor. Entre sus compañeros debía ser poco menos que un bendito a juzgar por sus propias palabras. Entre los de su edad, se avergonzaba de ser menos desvergonzado. Cuando oía a los otros pavonearse de sus fechorías y gloriarse de ellas, tanto más cuanto más torpes eran, le daban ganas de hacer otras parecidas. No sólo por el gusto de hacerlas, sino también para ser más alabado. Se hacía vicioso para

que los compañeros no se mofasen de él. Hasta tal punto que cuando no había hecho nada que pudiese compararse a lo realizado por los otros, presumía ante ellos de cosas que no habían existido más que en su imaginación. Temía que al aparecer inocente le considerasen cobarde, incapaz, y a su conducta como de poca hombría.

Aun en el robo de las peras que tan de oscuro colorea, brilla un rasgo típico de su personalidad. No amó el hurto, sino la compañía de sus amigos. Nos asegura que él solo nunca lo hubiera hecho, y pone a Dios por testigo de la verdad de esa afirmación. El solo nunca hubiera cometido aquel hurto en que no halagaba lo robado, sino el hecho de robar. Ni siquiera esto le hubiera agradado de haber tenido que realizarlo a solas. Por tanto, no lo hubiera hecho. La conclusión la saca él mismo: «Luego, lo que amé en aquel hurto fue la compañía de los cómplices con quienes lo cometí. Basta que alguien diga: “Vamos, hagámoslo”, y se avergüenza uno de no ser desvergonzado» (II, 9, 17).

Agustín no podía vivir solo. Necesitaba el afecto de los demás. «Qué otra cosa me deleitaba sino amar y ser amado», se pregunta. Hermosa realidad, pero enturbiada por el modo concreto como se llevaba a cabo. Tan noble deseo de amor no caminaba por los limpios senderos de la amistad auténtica, sino que se hallaba envuelto en el fango de la concupiscencia de la carne. En plena pubertad, no era capaz de distinguir la luminosidad del amor casto de la oscuridad de la impureza.

Finalmente Patricio y Mónica obtuvieron los medios económicos que habían de permitirle el viaje a Cartago, gracias a la ayuda de un rico del pueblo: Romaniano. Y Agustín partió a una tierra nueva, desconocedor de lo que el futuro le tenía reservado. Era el año 371.

LA GRAN CIUDAD: CARTAGO

Amar y ser amado.

EL joven de pueblo llega a la gran ciudad; un mundo nuevo se abre ante sus ojos. Los mármoles blancos multiplican con sus resplandores los rayos del sol. Habitantes de todos los rincones del imperio encuentran en Cartago un lugar privilegiado para vender sus mercancías, o sus ideas filosóficas, o buscar nuevos adoradores de divinidades inmigrantes que compiten con las antiguas, bien arraigadas todavía. Las naves cargadas de trigo se hacen a la mar llevando consigo los temores y los miedos de quienes sentían un tétrico respeto a las olas y a sus caprichos. No menos frecuentemente esas naves portan no ya alimentos, sino hombres hambrientos, si no de pan, sí al menos de gloria, de honores a la sombra del emperador o de la administración imperial, de letras o simplemente de alumnos más tranquilos y estudiosos. Podemos suponer que Agustín se acercaba con frecuencia a pasear por los muelles del puerto, a la caza de cualquier novedad que llegase de la otra ribera del mar.

En Cartago, Agustín se entregó a los estudios de retórica. Esperaba sobresalir en ella, como antes en otras cosas. Ella podría seguir alimentando de este modo su vanidad humana. Una vez más el éxito y el triunfo fueron sus dulces compañeros. «Era yo el primero de la clase de retórica. Lleno de gozo me enorgullecía y me hinchaba de vanidad» (II, 3, 6).

Siguió cultivando la amistad con los compañeros de estudio. Sus dotes naturales le capacitaban perfectamente para distinguir entre los deberes de la amistad y el apro-

bar cuanto hacían los amigos. Como norma se mantenía alejado de las salvajadas de sus revoltosos compañeros, aunque experimentase cierta vergüenza de no ser como ellos. Con todo, andaba a su lado y disfrutaba de su amistad. Pero detestaba sus gamberradas. De modo particular se sentía molesto por las novatadas que hacían pagar a los nuevos alumnos, a los recién llegados a la capital desde puntos distintos. Sin motivo alguno, se los insultaba y se los ridiculizaba, siendo el objeto de que se ser-vían los otros para sus juergas y diversiones.

Más lejos aún de los consejos de la madre, de los que tal vez hubiera continuado a no hacer caso, su inquietud juvenil se dispersa más todavía. Cartago era un hervidero. El la compara a una sartén en que hierven toda clase de amores impuros. Y en ella cayó Agustín. «Aún no amaba yo, pero ansiaba amar... Buscaba qué amar, amando el amar... Amar y ser amado me era más dulce si gozaba también del cuerpo del amado» (III, 1, 1). Con estas bellas expresiones describe sus ansias de aquella época y se reprocha el haber manchado el manantial de la amistad con la inmundicia de la concupiscencia, enturbiando sus aguas con el barro revuelto de la lujuria. Nada nuevo; en Cartago, lo mismo que en Tagaste. Pero ahora se preocupa de algo más: a pesar de ser deshonesto, se desvive por aparecer elegante y cortés, «rebosando vanidad».

Los espectáculos teatrales le arrebataban. Eran leña que engrandecía las llamas de las pasiones que sentía arder en su interior.

Con todo, Agustín se encuentra insatisfecho. Ni el éxito en los estudios, ni la amistad de los compañeros llenan su vacío interior. Tampoco los espectáculos del

teatro ni el cultivo de sus pasiones. El terreno está preparado con suficiencia para la lectura del *Hortensio*. Según el orden acostumbrado de los estudios, le llega el momento de acceder a este librito de Cicerón, que consiste en una invitación a la sabiduría. El libro cambia sus afectos y deseos; endereza a Dios todas sus plegarias y hace que sean otras sus aspiraciones a corto y largo plazo. De momento, comienza a parecerle despreciable todo aquello por lo que hasta entonces suspiraba. Con increíble entusiasmo decide entregarse a la conquista de la sabiduría.

La lectura de Cicerón fue resolutoria para la evolución posterior de Agustín. Significaba nada menos que la invitación a abandonar los bienes exteriores para emplearse de lleno en la búsqueda de los del espíritu. Sólo una cosa le resultaba fría en medio de tantos ardores: no hallaba en el libro el nombre de Cristo. El por qué nos lo dice él mismo: «ese nombre lo había bebido mi tierno corazón con la leche de mi madre y lo tenía profundamente grabado» (III, 4, 8). Nada extraño, pues, que no llegara a satisfacerle del todo cualquier escrito del que estuviera ausente este nombre, aunque fuera elegante, pulido y erudito.

Agustín no desatiende la invitación y se lanza a la conquista de esa sabiduría. Antes que a nadie, se la pide a Jesús a través de la Biblia. En efecto, determina entregarse al estudio de las Escrituras para ver cómo son. Pero... a su modo de ver, no pueden compararse con los escritos de Cicerón. «Mi hinchazón rechazaba la sencillez y mi corta vista no penetraba hasta su interior» (III, 5, 9). Para acercarse a ella es preciso presentarse como un niño. El, en cambio, desdénaba ser pequeño y «lleno de presunción, me tenía por grande» (Id.).

Nada es de extrañar que el joven estudiante, habituado a leer los clásicos de la lengua latina, encontrase aquella lectura insoportable. La traducción estaba hecha a partir del griego, casi siempre por personas sencillas y poco cultas. El latín resultante aparecía salpicado de términos griegos latinizados, además de expresiones, giros y palabras de la lengua vulgar que desdecían en boca de quien pretendiese pasar por educado y culto. Lo cierto es que rechazó las Escrituras, aunque no a Jesús.

Desilusionado por este primer contacto con la palabra de Dios, siempre en búsqueda de la sabiduría, fue a caer con unos hombres que también hablaban de Jesús. Aunque su corazón e inteligencia estaban vacíos de ella, no cesaban de repetir: ¡Verdad, verdad! «Mucho la nombraban, pero nunca estaba en ellos» (III, 6, 10). En otras palabras, se hizo maniqueo. La doctrina de este grupo se expondrá más adelante; ahora bástenos recordar las redes tendidas a Agustín. Se presentaban como vendedores de una religión para personas doctas, es decir, donde no había nada que creer; al contrario, todo era razonable, todo era comprensible a la razón. La religión católica, decían los maniqueos, sólo pide fe, nunca da explicaciones. Sobre todo, respecto al origen del mal, problema que le atormentaba. Además, su doctrina es absurda: Dios es presentado con rasgos humanos; las Escrituras se contradicen: el Antiguo y el Nuevo Testamento no van de acuerdo. Punto este último en que los maniqueos obtenían fáciles y rotundos triunfos sobre los cristianos sencillos.

Agustín, joven de diecinueve años, se encuentra enfrentado al siguiente dilema: o fe o razón. El opta por lo segundo, rechaza, por tanto, la fe de los católicos y se adhiere a la presunta ciencia de los maniqueos. Tendrá

que pasar una decena de años para que se dé cuenta de haber planteado mal el problema y haber sido engañado.

Con la doctrina maniquea pensaba el joven saciar su hambre de Dios. Para ello le presentaban muchos y voluminosos libros. Grande fue su sorpresa y decepción cuando se encontró allí con otro manjar distinto del buscado y apetecido. En lugar de presentarle a Dios, de quien tenía hambre Agustín, le hablaban del sol y de la luna. Obras de Dios; obras sin duda hermosas, pero no Dios mismo.

Nunca mejores deseos arrastraron a más lúcida inteligencia a peor destino.

En aquel período de su vida, Agustín se une a una mujer, con la que convive en matrimonio, aunque de segunda categoría, mujer a la que más tarde podrá abandonar fácilmente. La ley romana no permitía que se casasen personas de distinta clase social, aprobando, sin embargo, esta forma de vida en común. Pero dejemos a Agustín que lo cuente él mismo: «Por aquellos años comencé a vivir con una mujer, a la que no estaba unido en legítimo matrimonio. Fue la pasión ciega quien me la buscó. Pero, eso sí, tuve una sola y le guardé lealtad como a una esposa. En ella experimenté por mí mismo la diferencia que existe entre el legítimo matrimonio, que se contrae para engendrar hijos, y la otra unión, fruto del amor lascivo, donde nacen los hijos contra la voluntad de los padres, aunque después de nacidos obligan a que se les quiera» (IV, 2, 3).

No hay que ver en ello una prueba más de la perversión de Agustín. Cuanto se ha escrito, demuestra más bien lo contrario: su equilibrio, un cierto dominio de sí, su capacidad de amor a una persona. No era frecuente en aque-

llos tiempos que un joven como Agustín mantuviese tal fidelidad a una mujer que no iba a ser su esposa por siempre y que la amase con tanta fuerza como dejará ver cuando tenga que separarse de ella. Fue un caso excepcional. No de pasión y de pecado, sino de fidelidad y de entrega.

Concluidos los estudios, se traslada de nuevo a su patria chica. Era el año 375.



II
UNA INQUIETUD:
DESCUBRIR LA
VERDAD

DE NUEVO EN TAGASTE

*Tuve un amigo
a quien amé
excesivamente.*

CUANDO Agustín volvió a casa de su madre —su padre había muerto tres años antes—, no volvió solo. Con él viajaban las telarañas del error maniqueo que le impedían ver la verdad y le cerraron las puertas de la casa materna.

Con él viajaba también una mujer, cuyo nombre nunca quiso revelarnos, y el hijo que le había dado, a quien llamó Adeodato, que traducido equivale a decir «dado por Dios».

Junto con la «superstición» maniquea, le acompañaba la fe en los astrólogos.

Pero sobre todo, iba acompañado de cuanto había acumulado en los estudios de aquellos años, hechos con seriedad, y que el día de mañana iban a servirle tanto. Se dedicó a la enseñanza, sin duda también para ganarse que comer y no ser una carga para Romaniano, siempre benefactor, que le había ofrecido hospitalidad. Daba clases de retórica, es decir, enseñaba el arte del bien hablar. Con expresiones suyas, «el arte de vencer con la palabra» o «el arte de engañar» (IV, 2, 2). Este juicio tan severo lo

emite Agustín siendo ya obispo. Sin duda, él desempeñó su oficio con dignidad y seriedad. De su buena fe en la enseñanza, pone a Dios por testigo.

Finalmente, le acompañaban también sus amigos. A todos cuantos giraban en derredor suyo y a otros que se juntaron más tarde consiguió arrastrarlos a la fe maniquea, incluido el mismo Romaniano. Su personalidad era arrolladora. Pero conocemos dos excepciones: Su madre Mónica y su amante.

Entre tanto, Mónica llora la muerte de su hijo y no cesa de rezar para que vuelva al redil verdadero de Cristo. Para ella constituye una obsesión, reflejada en el sueño que nos cuenta Agustín. Se halla muy triste y deshecha en lágrimas, de pie sobre una regla de madera. Se le acerca entonces un joven resplandeciente, de rostro alegre y risueño. Le pregunta la causa de su dolor y continuas lágrimas, con el fin de consolarla. Ella le responde que llora la pérdida de su hijo. El joven le suplica que no se acongoje, que abra los ojos y observe que donde está ella, se halla también el hijo. Mónica mira con atención y ve a su lado a Agustín, de pie, sobre la misma regla. A partir de entonces, la seguridad de Mónica acerca de la futura conversión de su hijo es total, hasta el punto que decide admitirle de nuevo bajo su techo. De nada sirve que Agustín intente torcer las palabras de aquel joven. Ella replica en seguida: «No me dijo: donde está él, estarás tú; sino: donde estás tú, estará él» (III, 11, 20).

Su estancia en Tagaste no duraría mucho. El dolor por la muerte de un amigo le hará volver a Cartago.

Desde los días en que asistía a la escuela de Tagaste, Agustín conservaba allí un amigo íntimo. Había sido

compañero suyo, era de la misma edad y ambos se hallaban en la flor de la juventud. Tal amigo falleció un poco más tarde y para mayor desdicha del joven maniqueo murió después de haber recibido el bautismo católico y no permitiendo que nadie se chancease de ello. Nada mejor que sus propias palabras para narrar los sentimientos de entonces: «Mi corazón se llenó de tinieblas y en todas las cosas veía la muerte. El pueblo donde nací era para mí un suplicio y la casa paterna se me hacía insostenible. Las cosas que había compartido con él se convertían sin él en cruelísimo tormento. Mis ojos le buscaban por todas partes sin conseguir encontrarle. Todas las cosas se me hacían aborrecibles porque no hallaba al amigo entre ellas, ni me podían decir: «Mírale, ahí viene», como antes, cuando volvía después de una ausencia. Llegué a hacerme insostenible para mí mismo... Sólo el llanto me era dulce y en lugar del amigo formaba las delicias de mi alma» (IV, 4, 8).

Se maravillaba de que viviesen los demás mortales habiendo muerto aquél a quien había amado como si nunca fuese a morir. Se maravillaba también de que siguiese viviendo él mismo, habiendo muerto el amigo que era otro él. Porque sentía que su alma y la del amigo eran una sola en dos cuerpos. Por eso le causaba horror la vida: porque no quería vivir con la mitad de su ser; y tal vez por eso temía morir, porque significaría la muerte total de aquel a quien había amado sobremanera.

Aunque haya bastante de literatura, son hermosos estos pensamientos con que Agustín, muchos años más tarde, recuerda aquellos acontecimientos, como hermosos son los que vamos a transcribir como conclusión de este capítulo. «Todo me causaba horror, hasta la misma

luz. Todo lo que no era aquel hombre me resultaba insupportable y odioso. Sólo en gemir y llorar hallaba descanso. Así, hui de mi pueblo natal pensando que mis ojos le buscarían menos en lugares donde antes no solían verle. De la ciudad de Tagaste me fui a Cartago» (IV, 7, 12). Era el año 376.

SIEMPRE CARTAGO

Charlar y reírnos juntos.

CON la profunda herida en el corazón prosigue su vida en Cartago, esperando la curación. Sólo le reanimaban y confortaban los consuelos de los amigos. Encontraba su alivio en conversar con ellos y reírse en su compañía y en las mutuas atenciones de amistad, y tantas otras cosas que él nos describe: «Leer juntos libros amenos; bromear unos con otros dándose pruebas de mutua estima; discutir sin apasionamiento; enseñar o aprender algo uno de otro; echar de menos con pena a los ausentes; recibirlos con alegría al regreso. Con estos y otros signos semejantes, que nacen del amor del corazón de quienes mutuamente se aman y que se manifiestan por el rostro, por la palabra, por los ojos y por otros mil gestos agradables, se fundían a su calor nuestras almas y de muchas se hacía una sola» (IV, 8, 13).

La amistad fue el bálsamo que poco a poco curó sus heridas.

Durante esta segunda estancia en la capital africana, a los 26 ó 27 años, compone su primera obra, perdida para nosotros, *Lo bello y lo conveniente*, y la dedica a un famoso orador de Roma. Aunque no le conocía de vista, lo apreciaba por la fama de su doctrina. Pero lo que más le gustaba a él, era que agradaba a los demás hasta el punto de que todos se hacían lenguas de su arte y se maravillaban de que habiéndose educado en la elocuencia griega, hubiese llegado a ser orador admirable en la latina.

En Cartago abre una escuela de retórica. El tiempo que le queda libre lo emplea en completar su formación intelectual. No le bastaba cuanto había recibido en la escuela. Ahora se interesa sobre todo por la filosofía, por Aristóteles en concreto. Su privilegiado talento le ahorra la necesidad de maestros. Prueba de ello es que a la edad de veinte años lee y entiende, sin que nadie se lo explique, un libro del mencionado filósofo que cayó en sus manos, titulado *Las diez categorías*; libro que otros sólo con dificultad conseguían entender, aun después de habérselo explicado de múltiples formas sabios maestros.

Leía todo libro que llegaba a sus manos. No sólo de filosofía, sino de lo que entonces denominaban las artes liberales: lo referente a la retórica y a la dialéctica, a la geometría, a la música y a la aritmética. Todo lo entendía sin que nadie se lo expusiera, prueba evidente de una lúcida inteligencia, como lo prueba la siguiente confesión de Agustín mismo: «Solamente cuando tuve que explicárselo a otros me di cuenta de cuán difíciles son de entender aun para las personas estudiosas e inteligentes. Entre mis alumnos era el más sobresaliente el que no tardaba en seguir mi exposición» (IV, 16, 30).

Ante esto, la pregunta de Agustín, dirigida a Dios, suena así: «¿Qué me aprovechaba, pues, entonces, la inteligencia despierta para aquellas ciencias, y el haber puesto en claro, sin auxilio de ningún maestro humano, tantos libros llenos de oscuridades, si en la doctrina de la religión erraba monstruosamente y con sacrilega torpeza?» (IV, 16, 31).

Aunque pregunte fingiendo no saber, Agustín no desconocía que el provecho que sacó fue inmenso. El estudio de las ciencias le capacitó para percibir la falsedad de

las doctrinas maniqueas. Al menos, comenzó a ver oposición entre la fe de Manes, el fundador de la secta, y las afirmaciones de la ciencia. Manes cae a sus ojos en descrédito. Agustín no cesa de poner preguntas de todo tipo que nadie sabe responder. Quienes le habían prometido dar explicaciones de todo, le invitan a esperar. Esperar al gran doctor de la secta, de nombre Fausto. Más tarde hablará Agustín de él como de un hábil lazo del demonio en que caían muchos engañados por la suavidad de sus palabras, se lo habían presentado muy docto en todos los ramos del saber y bastante instruido en las artes liberales. Entre tanto, no perdía el tiempo. Según la marcha de sus lecturas, iba comparando más y más lo que decían los filósofos con las innumerables fábulas de los maniqueos. Es fácil comprender que ya le parecía más razonable lo que decían los primeros que lo soñado por los segundos.

Los últimos años que Agustín vivió en el maniqueísmo fueron años de espera por la llegada de Fausto. Muchas eran las cosas que confiaba tratar en diálogo franco con él. Buscaba soluciones a problemas personales y otros no tan personales, pero igualmente importantes.

Por fin, llegó el momento del encuentro esperado. El resultado fue una desilusión. Muy pronto se dio cuenta de que era ignorante en las artes en las que le creía docto. Lo cual significaba que debía ir perdiendo la esperanza de hallar la solución a los interrogantes que le inquietaban, como así fue. Pero Agustín alaba la prudencia del maniqueo. Reconociendo su ignorancia, declinó responder a cuanto se le preguntaba. Desconocía aquellas cuestiones y no se avergonzó de confesarlo. No ignoraba del todo su ignorancia, dirá Agustín. No quiso entrar en una batalla que le pondría en aprietos y de donde no le iba a ser fácil hallar una salida, sin tener tampoco posibilidad

de retirada. Fue éste el gesto que más agradó al joven. Y da la razón: «porque más hermosa es la modestia de un alma que se conoce a sí misma, que la ciencia que yo deseaba conocer» (V, 7, 12).

Ya obispo, Agustín escribía una obra monumental para rebatir al obispo maniqueo: *Contra Fausto*. Más importante ahora para nosotros es el resultado de este encuentro. Se apaga el entusiasmo con que se había aplicado a los escritos de Manes. Su desconfianza se extiende a todos los doctores de la secta. El empeño que había resuelto poner para progresar en ella, se viene a tierra una vez conocido aquel hombre, aunque no hasta el punto de separarse totalmente de los maniqueos. Pero sólo hasta que descubriese otra cosa mejor. La decisión era provisional.

La vida de Agustín fue la de un inquieto buscador. Muchas cosas conoció que, al tiempo que le dejaban insatisfecho, le estimulaban a seguir en la búsqueda. Pero, aunque no fuesen de su total agrado, nunca las tiraba hasta no haber hallado algo superior. Eso lo encontrará no tardando mucho y en otro lugar.

Por las razones que diremos a continuación, Agustín se traslada a Roma. Era el año 383. Contaba entonces 29 primaveras.

DE LA CAPITAL DE AFRICA A LA CAPITAL DEL IMPERIO

*Buscaba una falsa
felicidad.*

MUCHAS veces habría visto Agustín en Cartago zarpar las naves rumbo a Roma. En más de una ocasión habría soñado con hacerse él mismo a la mar, venciendo el horror que sentía por aquella enorme masa de agua, personificación del mal. Más allá del peligro, estaba Roma, la gran Roma, la capital del imperio. Acostumbrado al triunfo, debió pensar que allí habrían de tener los suyos más resonancia; con mayor facilidad podrían llegar a oídos del emperador sus méritos; las puertas de los honores eran más numerosas y era preciso estar presente para poder entrar por ellas. Puertas que conducían igualmente a las riquezas. ¿Qué importaba que fuese africano? ¿No había triunfado allí Hierio, provinciano como él, sirio para más datos?

No debieron fatigarse mucho sus amigos para persuadirlo a abandonar Cartago. Motivos no le faltaban. No fue de él de quien surgió la idea de dejar Africa. Fueron sus amigos quienes le impulsaron a que se trasladase a Roma y enseñase lo que enseñaba en Cartago. Allí le sería más fácil adquirir riquezas. Pero, aunque esto también pesaba en su ánimo, no fue, sin embargo, la razón principal por la que se decidió a secundar los deseos de aquéllos. Otras cosas pesaron más en su mente. Decepcionado y casi desvinculado interiormente del maniqueísmo, se encontraba a disgusto en el escenario de su proselitismo. Además había oído que los estudiantes romanos eran de mejores costumbres y más disciplinados;

que ni entraban en tropel en las aulas de quienes no eran sus maestros, ni salían de ellas de forma inesperada. Las costumbres que no quiso aceptar como estudiante, tampoco quería sufrirlas como profesor. Por esto le agradó la idea de irse a Roma. Tras habernos narrado estas cosas, Agustín con una frase digna de sí mismo, reflexiona sobre todo ello: «Yo que en Cartago detestaba una verdadera miseria, buscaba en Roma una falsa felicidad» (V, 8, 14).

Mónica se opone a tal viaje y Agustín ha de servirse de una mentira para deshacerse de ella. Mientras se va a rezar a una capilla cercana al puerto, él finge ir a despedirse de un amigo que esperaba el viento favorable para hacerse a la mar. Quien, en cambio, se hace a la mar es él mismo. Pasarán los años y Agustín seguirá doliéndose de haber engañado a su madre que a la mañana siguiente sintió profundamente la puñalada de la traición, que intentó lavar con lamentos y plegarias. «Así mentí a mi madre, ¡y a qué madre!» (V, 8, 15).

Lamentos y plegarias que no fueron vanos. Agustín les atribuye el haber salvado su vida, habiéndole evitado así una muerte lejos de los brazos de Dios. Al llegar a Roma, su salud se resintió. Cayó gravemente enfermo, pero esta vez no pidió el bautismo como había hecho en circunstancias similares, cuando era niño.

A medida que transcurría el tiempo, Agustín se encontraba más desilusionado respecto a los maniqueos, a pesar de que ellos le habían recibido y en casa de ellos se había albergado. Se sentía engañado. Le habían prometido la verdad y le entregaron una colección de fábulas más ignominiosas de cuanto ponían en boca de los católicos. Ofreciendo razones, le exigían credulidad. Nada extraño que ya no defendiese el maniqueísmo con el entu-

siasmo de otros tiempos. Pero la amistad que le unía a miembros de la secta le hacía perezoso para buscar la verdad en otro lugar. Pensar en la Iglesia Católica de la que los maniqueos le habían separado era una posibilidad descartada. Y era muy comprensible su postura, considerando que lo que él opinaba de la fe católica estaba muy lejos de la verdadera realidad.

Con dudas poderosas acerca del maniqueísmo y con desconfianza total en la Iglesia Católica, Agustín se abandona al escepticismo. ¿Qué se puede afirmar de cierto si en todas partes he encontrado el error? Mejor será abstenerse de afirmar nada, dudar de todo; así se evitará toda equivocación.

Agustín continuó ejerciendo en Roma su actividad de profesor de Retórica. Si los estudiantes habían sido un motivo que le impulsó a salir de Cartago, éstos mismos le harían ingrata su estancia en la capital del imperio. Muy pronto tuvo que enterarse de que en Roma sucedían cosas que no había tenido que aguantar en la capital africana. Era cierto, como le habían asegurado, que no existían allí aquellos alborotos provocados por los estudiantes. Pero, ¿no era más desagradable que aquello el que los alumnos no le pagasen lo merecido por su trabajo? Cuando llegaba la hora de pagar, se ponían de acuerdo y se pasaban a otro profesor. Ello hizo que tampoco se sintiese a gusto.

Pronto se le presentó la ocasión para abandonar Roma. De Milán, residencia entonces de los emperadores, habían pedido al Prefecto de la Urbe un profesor de Retórica. Sus amigos maniqueos se movieron para que fuese él el destinado. Así sucedió, después de una prueba. Sin duda, al Prefecto Simmaco, pagano que se esforzaba

por restaurar la religión de sus antepasados, le debió de parecer una solución muy aceptable: un anticatólico que podía hacer frente y sombra al indomable Ambrosio.

Y emprendió el camino a Milán. Era el otoño del año 384.

AQUEL HOMBRE DE DIOS: SAN AMBROSIO

*No conocía él mis
congojas.*

L LEGA a Milán. Tarda poco en ir a visitar al obispo de la ciudad, San Ambrosio, célebre ya en el mundo entero. A él era llevado por Dios, sin saberlo, dice Agustín, para ser llevado a Dios por él sabiéndolo. Aquel hombre santo le recibe paternalmente y se interesa por su llegada. Pronto el africano comenzó a amarle. Al principio no como a un maestro de la verdad, porque aún no tenía esperanza de hallarla en la Iglesia Católica. Le amaba sólo como a un hombre que había sido afable con él.

Asistía a sus sermones, que escuchaba con interés, aunque sólo para comprobar si hablaba tan bien como la gente decía. Estaba colgado de sus palabras, aunque sin prestar atención al contenido de las mismas. Por aquel entonces lo despreciaba. Pero, poco a poco, fueron grabándose en su alma las verdades contenidas en aquellas palabras que escuchaba con agrado. «Al abrir el corazón para percibir cuán brillantemente hablaba, al mismo tiempo percibía con cuánta verdad hablaba» (V, 14, 24). Fue, sin duda, un proceso lento. Ahora pensaba que se podían defender cosas que antes le parecían absurdas. El sentido espiritual, del que era maestro Ambrosio, explicaba muchos pasajes oscuros de la Biblia. Esto hizo reflexionar a Agustín sobre lo infundada que era su desconfianza de encontrar la verdad en las Escrituras. Era un primer paso e importante. Pero él estaba todavía lejos de decidirse a seguir el camino de los católicos, pues aunque

la religión de su madre no le parecía vencida, tampoco la daba por vencedora.

Escuchando a Ambrosio, aumenta también su desconfianza hacia los maniqueos, hasta hacerse ya total. Ahora percibe la falsedad de muchas de las acusaciones contra la doctrina católica. En consecuencia, aun en medio de abundantes dudas, determina desligarse por completo de ellos. Su doctrina le parecía ya del todo insostenible. Pero tampoco quiso confiarse a los filósofos para que curasen su alma enferma, porque en sus escritos no hallaba el nombre de Cristo. En medio de estas incertidumbres, optó por hacerse catecúmeno de la Iglesia Católica, al menos hasta que encontrase otra vía mejor. Iniciaba así el regreso a la fe de Mónica.

En esta situación le encontró su madre que había ido a su lado, siguiéndole por mar y tierra, segura del Señor en todos los peligros. Luego se puso en contacto con Ambrosio «al que amaba como a un ángel de Dios», amor que demostró en el sometimiento a todas las normas dadas por él, aun cuando eran contrarias a las que había seguido con anterioridad en tierra africana.

Durante este período, Ambrosio ocupaba permanentemente el pensamiento de Mónica y, sobre todo, de Agustín. Aunque no comprendía su celibato, lo consideraba un hombre feliz porque todo el mundo, aun las más altas autoridades del imperio, le honraban y respetaban. Pero —dirá el mismo Agustín— «yo no podía sospechar las luchas que mantenía contra las tentaciones de su propia grandeza». Ciertamente que tampoco Ambrosio se imaginaba las congojas que atormentaban a Agustín, ni tenía por qué conocerlas. Muchas veces intentó el profesor africano entrevistarse con el obispo y exponerle detenida-

mente su situación, pero no le fue posible. Siempre le encontraba ocupado en atender a las muchedumbres que acudían a su despacho o, cuando le quedaba algún tiempo libre de esto, además del empleado en la comida, absorto en la lectura. Muchas veces quiso entrar a dialogar con él, mas al pasar el umbral de la puerta, viéndole tan abstraído con los libros, se daba media vuelta y lo dejaba para el próximo día. Pero tal día no llegó.

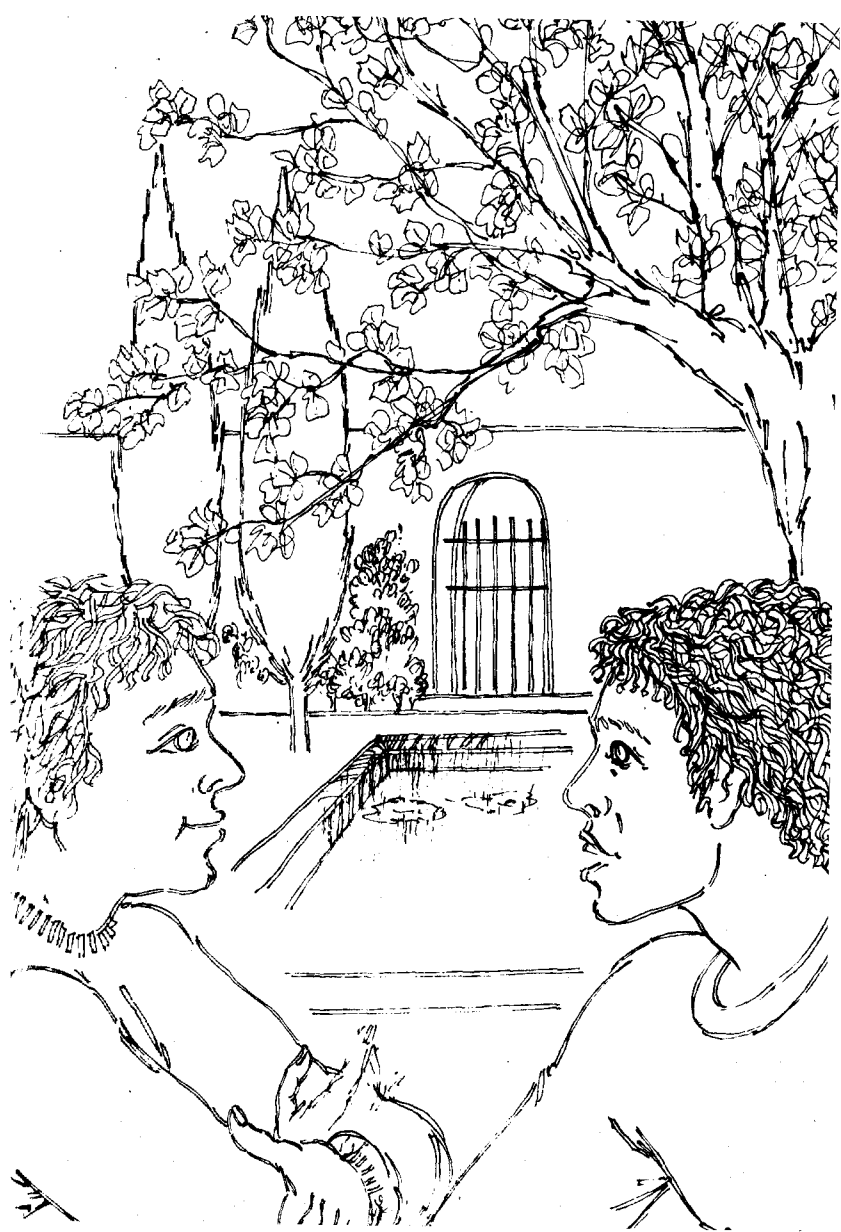
Para Agustín era el momento de abrir bien los ojos de su inteligencia y de establecer las líneas precisas entre lo cierto y lo incierto. Importante era el que se había dado cuenta de que los maniqueos atribuían a la Iglesia Católica lo que ella no profesaba. Las Escrituras decían una cosa y sus adversarios le hacían decir otra. Ni la Biblia ni la Iglesia concebían a Dios en forma humana. Todo lo contrario: el hombre fue creado a imagen de Dios. Nada hay en la Escritura que sea absurdo, inmoral o indigno de Dios. Solamente hay que comprender el texto. Es preciso levantar el velo místico e interpretarlo en sentido espiritual como hacía Ambrosio.

Agustín aprendió bien la lección, aunque, por temor a sufrir un nuevo descalabro, no osaba decidirse. «Suele acontecer, escribirá él mismo, que quien ha caído en manos de un mal médico, desconfía aun del bueno» (VI, 4, 6). Agustín, engañado por los maniqueos, temía caer de nuevo en manos de otros embaucadores.

El resultado de esto fue la aceptación de las Escrituras, de su autoridad y de la Iglesia que las conservaba. Sobre todo, Agustín acepta la fe. Una de las causas de la caída en el error maniqueo había sido la pretensión de querer explicarlo todo por la razón. Entre razón y fe, había elegido la primera. Ahora se ha dado cuenta de que

estaba fuera de la justa vía. Plantear el dilema: o razón o fe, es equivocado. Más importante es comprender, pero lo primero es creer. Comienza creyendo y acabarás comprendiendo.

Había superado el racionalismo. No obstante, las dudas de Agustín subsistían. Se verá a continuación.



III
UN AFAN:
ENCONTRAR A DIOS

¿QUE HACER?

*Habíamos pensado vivir juntos
poniendo todo en común.*

AGUSTIN compartía sus problemas con los amigos, sobre todo con Alipio y Nebridio a quienes le unían fuertes lazos de amistad. Mutuamente se lamentaban de la situación de incertidumbre en que se hallaban.

Ambas amistades duraron tanto como las vidas de ellos. La de Nebridio, poco, porque murió no mucho después. Alipio, en cambio, será su brazo derecho durante los años del episcopado. En Tagaste y en Cartago había sido discípulo suyo. El afecto era recíproco. Alipio quería a Agustín porque le consideraba bueno y sabio. Agustín a Alipio por su buen carácter y su bondad que le hacía sobresalir por encima de los demás. El torbellino de las costumbres de Cartago le habían hecho un fanático de los juegos del circo, una locura de la que Agustín mismo le libraría.

Nebridio había abandonado su casa y su madre y se había trasladado a Milán para consagrarse, junto con Agustín, al estudio de la sabiduría y a la búsqueda de la verdad. Participaba de los deseos y ansias del grupo y se caracterizaba por ser un fervoroso investigador de la vida feliz, sin detenerse nunca ante ninguna clase de dificultad.

Eran «tres bocas hambrientas» que suspiraban por un alimento más sólido del que les ofrecía la duda en que vivían. Las tinieblas espirituales constituían el medio ambiente en que se desarrollaba su vida. En ellos se mezclaba el ansia de encontrar algo nuevo con la pereza de cambiar. Lo que tenían no les satisfacía, pero ¿dónde hallar algo que les llenase más?

No podemos transcribir las hermosas páginas de las *Confesiones* que describen su estado de ánimo recordando los 11 años que habían transcurrido desde que empezó a ilusionarse con el deseo de la sabiduría, después de los cuales aún no había levantado las alas. Son las vacilaciones del hombre que espera en el mañana; que examina los progresos hechos y lo mucho que le queda por avanzar; que nada encuentra seguro: lo que antes le parecía absurdo, las Escrituras, ahora se le mostró no ser tal. Es el hombre que se anima a sí mismo a seguir buscando, pero las dificultades le salen al paso: ¿Quién le ayudará?, ¿de dónde sacará el tiempo?, ¿quién le prestará los libros?, ¿cuándo preparará las clases que los estudiantes le pagan?, ¿por qué no abandonar todo y ocuparse plenamente en la búsqueda de la sabiduría, de la verdad? O ¿no será mejor esperar a obtener un buen puesto, lograr un afortunado matrimonio y después entregarse con mayor libertad a la sabiduría, solucionado ya el problema del con qué vivir?

Planean proyectos concretos. Han pensado y hasta determinado alejarse del mundanal ruido y vivir en la tranquilidad de un lugar retirado. Se trata de vivir juntos poniendo todo en común, de manera que en virtud de la sincera amistad que les une, todo sea de todos y no una cosa de uno y otra de otro. Lo que se obtenga con la aportación de todos ha de ser todo de cada uno y todo de

todos. El grupo lo constituyen unos diez amigos. Su protector en otros tiempos, el rico Romaniano, es uno de los ilusionados. El se encargará, además, de solucionar el problema económico. Todo estaba programado, pero cuando empezaron a hablar de las mujeres, aquel proyecto tan perfectamente planeado se les cayó como de las manos y se hizo pedazos. Unos, en efecto, ya estaban casados y otros, como Agustín, pensaban llegar a ello. Cambiadas las circunstancias, el proyecto se hará realidad unos años más tarde.

Le insistían en que contrajera matrimonio. Mónica, su madre, fue quien más se movió en esta dirección, buscando una chica para él. Llegó a pedir la mano de una niña a la que faltaban dos años para poder casarse, según la ley romana. ¡Agustín tenía ya 30 años y ella sólo 10! El sacrificio que se le exigió para ello fue enorme: abandonar a la mujer que lo había acompañado durante 12 años. Nos lo cuenta él con estas palabras: «Cuando arrancaron de mi lado, como un estorbo para el matrimonio, la mujer con quien yo solía compartir mi lecho, el corazón me quedó desgarrado por donde estaba herido. Quedó llagado y sangrante. Ella se marchó para Africa haciendo voto a Dios de no volver a conocer varón alguno y dejó conmigo al hijo que de ella había tenido. Yo, en cambio, desdichado, siendo incapaz de imitar a una mujer, no pudiendo esperar tanto tiempo, me procuré otra, hasta que pudiese tomar a la que estaba destinada a ser mi esposa... Pero la herida que me habían hecho al arrancar de mi lado a la primera no se me curaba; al contrario, pasado el agudísimo ardor y dolor inicial, empezaba a pudrirse: un dolor más frío, pero más desesperado» (VI, 15, 25). Página emocionante que nos muestra con cuánta intensidad la amaba Agustín.

LOS PROBLEMAS DE LA INTELIGENCIA

Antes dudaría de que vivo.

AGUSTIN se hallaba atormentado no sólo por estas vacilaciones sobre el plan de vida a realizar. Otros problemas de orden puramente intelectual ocupaban los espacios de su mente. El primero de todos: ¿Cómo concebir el ser de Dios? Rechazaba que Dios tuviese la forma de hombre; al mismo tiempo daba por descontado que el ser divino era incorruptible, inmutable. Pero siendo incapaz de figurarse un ser espiritual, se veía obligado a imaginarlo como algo corpóreo, que se extendía por el espacio. Las imágenes que circulaban por su mente eran las mismas que aquellas por donde solían andar sus ojos.

Entre tanto seguía buscando razones y argumentos para desechar de un modo definitivo el fantasma del Dios maniqueo y los demás que le seguían con lógica precisa. Le preocupaba de modo especial el problema del mal. ¿Quién había plantado en su interior «un semillero de amargura», dado que había sido creado por Dios, dulce en extremo? Con tales pensamientos se hundía una vez más y casi se ahogaba, pero ya sin sumergirse en aquel «infierno del error maniqueo».

La ignorancia en torno al origen del mal, se hallaba unida a no pocas certezas; algunas que nunca le habían abandonado; otras reconquistadas en aquel período de búsqueda y reflexión. «Yo —son palabras suyas— seguía buscando el origen del mal sin hallar salida. Pero Dios no permitió que las olas de aquellos pensamientos me apar-

tasen de la fe por la que creía en su existencia, que su ser no estaba sujeto a cambio alguno, que tenía providencia de todos los hombres y que los había de juzgar. Conservaba la fe en Jesús y creía en las Sagradas Escrituras tal como las explicaba la Iglesia. Estaba ya convencido de que en ellas había puesto Dios el camino para la salvación eterna» (VII, 7,11).

Pronto se aclararon los enigmas y se sumaron al número de las certezas. Dios quiso que cayeran en sus manos los libros de algunos filósofos neoplatónicos. Un famoso orador pagano, convertido al cristianismo, Mario Victorino, los había traducido del griego al latín y los había teñido de Evangelio. Tales libros le resolvieron problemas que poco antes le parecían poco menos que insolubles. Le permitieron conocer el verdadero ser de Dios, ser espiritual. Dios le hizo ver algo que antes no era capaz de ver. Con expresión suya, Dios deslumbró sus débiles ojos, reverberando en ellos de lleno, y se estremeció de amor y de horror. Se dio cuenta de que se hallaba en una región lejana, desde donde Dios le hablaba para decirle: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Pero no me transformarás tú en ti, como el manjar de tu carne, sino que tú te cambiarás en mí» (VII, 10, 16).

La certeza adquirida fue absoluta y total. Oyó esto «como se oyen las cosas en el corazón, sin poder absolutamente dudar. Antes que dudar de la existencia de aquella verdad, dudaría de que estoy vivo yo» (*id.*). Descubierta el verdadero Dios, descubre el verdadero ser de las cosas, participación del ser de Dios; que, por tanto, son buenas como El y que sola su existencia es un canto de alabanza a quien las creó.

Al mismo tiempo, encontró solución al problema del mal. El mal físico, lógica consecuencia del hecho de que

la creación no es Dios. Todo lo creado participa del ser, no es el ser; en un sentido es y en otro no es. En este no-ser consiste el mal; es falta de perfección. También halló la solución al mal moral. No es otra cosa que un desvío de la voluntad que se aparta de Dios para volverse hacia lo que no es Dios, hacia las criaturas.

Los progresos realizados eran grandes, mas todavía no estaba el camino libre para entregarse totalmente a Dios. Ya no amaba un fantasma en lugar de Dios, sino a Dios mismo. Pero algo le impedía todavía gozar con plenitud de El y confiarse sin reservas. Era el peso de la costumbre carnal que le mantenía apegado a la tierra.

Agustín ha descubierto a Dios, patria y gozo definitivo. Ha averiguado hacia dónde debe caminar, pero ignora por dónde; desconoce el camino que conduce, no sólo a divisar la patria bienaventurada, sino también a habitarla.

El camino no es otro que Jesús. Pero de El tenían Agustín y Alipio una opinión equivocada. Todavía no sentían respecto de Cristo lo mismo que sentía la Iglesia. Mientras ella ve en Jesús al Hijo de Dios, al Verbo del Padre y, por tanto, Dios como El, Agustín veía en El a un hombre extraordinario, cuya sabiduría nadie podía igualar; hombre extraordinario también en cuanto que había nacido maravillosamente de una virgen para darnos ejemplo de cómo despreciar las cosas terrenas para alcanzar las eternas. Por todo ello había merecido ser considerado como un gran maestro. Pero aún no comprendía qué quería decir aquello que tantas veces había oído: *El Verbo se hizo carne*. Es más, ni podía sospecharlo. ¿Cómo es posible su ignorancia en este campo? ¿No le había enseñado Mónica la verdadera fe de la Iglesia? ¿Tan lejos le había llevado su error?

La solución definitiva la halló en el único lugar donde podía encontrarla. Después de leídos los libros de los platónicos, se puso a leer con entusiasmo las Sagradas Escrituras, en especial al apóstol San Pablo. Entonces comenzó a comprenderlas. Ya no veía contradicción entre unos libros y otros, entre el Antiguo y Nuevo Testamento. «Se descubrió a mis ojos —dirá— el único rostro de las castas palabras de Dios y aprendí a alegrarme con temor» (VII, 21, 27). ¡Qué diferencia entre esta lectura y la primera vez que accedió a la Biblia! No en vano habían pasado ya más de 10 años de angustias y de hambre espiritual.

Superado el materialismo, las dudas de su inteligencia estaban despejadas. ¿Sería capaz de entregarse a ese Cristo totalmente descubierto en su divinidad? ¿Qué le iba a impedir tal generosidad? Mejor, ¿quién le ayudaría a dar el salto vital hasta las manos de Dios?

Arrójate a El; no se apartará para que caigas.

AGUSTIN había encontrado a Dios y el medio para llegar a El. Sus aspiraciones serán, pues, otras. Lo que deseaba no era ya estar más cierto de Dios, sino más unido a El. Descubierta la meta, buscaba cómo andar el camino que conduce a ella. Tuvo una inspiración: dirigirse al sacerdote Simpliciano, a quien consideraba como un santo siervo de Dios. A él podría contarle todas las congojas que no pudo contar a Ambrosio. También él podría indicarle el modo más adecuado de caminar por las sendas del Señor.

Se le planteaba el problema de elegir la forma de vida para el futuro. Sabía que a Dios se le puede servir de múltiples maneras dentro de la Iglesia. ¿Cuál escoger? ¿La más perfecta? Algunas cadenas lo retenían. «Estaba descontento —escribe en las *Confesiones*— de lo que estaba haciendo. Era para mí mismo una carga muy pesada. Ya no tenía, como antes, el afán de riquezas ni la esperanza de gloria, que me ayudaban a soportar aquella esclavitud. Estas cosas ya no me causaban deleite, una vez conocida la dulzura y la hermosura de Dios. Pero todavía estaba tenazmente encadenado a la mujer. No me prohibía el Apóstol casarme, pero me exhortaba a algo mejor, deseando con ardor que todos los hombres fueran como él. Yo, débil como era, escogía la vida más muelle» (VIII, 1, 2).

Se acerca a Simpliciano, quien le recibe paternalmente. Como un abuelo le cuenta historias de su juven-

tud, historias que habían causado gran conmoción en su tiempo. El gran orador Mario Victorino se había convertido y prefirió abandonar su carrera antes que renegar de Cristo. La conmoción se repite ahora en el interior de Agustín. Después de escuchar la narración de boca del anciano, se enciende en deseos de imitarle. Ahora ya ve con claridad y no le sirven, por tanto, las excusas de antes para no entregarse a Dios. Pero seguía apegado a la tierra y rehusaba alistarse en las banderas de Dios —son sus palabras— y temía verse desatado de aquellas ataduras tanto cuanto debía temer verse atado con ellas. «El Señor me hacía ver la verdad y convencido de ella no tenía absolutamente nada que responder, a no ser palabras perezosas y soñolientas: “Ahora, ahora mismo; déjame un poco”. Pero aquel “ahora, ahora” no llegaba nunca; y aquel “déjame un poco” iba para largo» (VIII, 5, 12).

En otra ocasión recibe la visita de un oficial de palacio, Ponticiano, africano como él y Alipio, que entonces le acompañaba. Le encuentra con el libro de las Cartas del apóstol San Pablo. Comienzan a hablar y el visitante les cuenta el caso de San Antonio, célebre monje de Egipto. Aunque su nombre corría ya de boca en boca, Agustín y sus compañeros no habían oído hablar de él, cosa que sorprende a Ponticiano. Luego, pasa a hablarles de la muchedumbre de cristianos que poblaban ya entonces los monasterios, «del perfume divino de sus virtudes», de todo lo cual nada sabían ellos. Como tampoco sabían que hasta en la misma ciudad de Milán, aunque en las afueras, había un monasterio, «poblado de buenos hermanos» y gobernado por San Ambrosio (VIII, 6, 14-15).

La charla se prolonga. Agustín y su compañero oyen también cómo dos servidores de la corte imperial, resi-

dente en Tréveris, se habían entregado a Dios. Es el inicio de un nuevo combate, más violento, en su interior. «Entonces —relata él— dentro de mí se produjo una gran lucha, que yo mismo había provocado. Con el rostro y el alma turbados, me acerqué a Alipio y, a voces, le dije: “¿Qué es esto que nos pasa? ¿Que es esto que hemos oído? ¡Se levantan los ignorantes y conquistan el cielo, y nosotros con nuestra ciencia, faltos de corazón, nos revolcamos en la carne y en la sangre! ¿Vamos a tener vergüenza de seguirlos, sólo porque se nos han adelantado? ¿Tendremos tan poca vergüenza para ni siquiera seguirlos?”. Si no exactas, al menos parecidas eran las palabras que pronuncié y enojado me aparté del lado de Alipio que, asombrado, me miraba y callaba. Veía que no hablaba yo como era mi costumbre y, más que las palabras que decía, eran la frente, las mejillas, los ojos, el color y el acento de la voz, los que declaraban el estado en que se hallaba mi alma» (VIII, 8, 19).

Y se apartó al huerto de su casa, para allí, a solas, ser el único testigo de la batalla que se libraba en su corazón. Alipio, paso a paso, se fue tras él. ¿Cómo iba a dejarle solo en aquel estado? Ambos se sentaron lo más lejos de la casa que les fue posible.

Una vez más, serán las propias palabras de Agustín las que describan su situación de entonces. «Me retenían cosas frívolas y vanas en grado sumo, antiguas amigas mías. Me tiraban del vestido de mi carne y por lo bajo me decían: “¿Nos dejas? ¿Desde este momento ya no estaremos más contigo? ¿Desde este momento jamás te será lícito esto y aquello? ¡Y qué cosas me sugerían, Dios mío, en lo que yo llamo esto y aquello! ¡Qué cosas me sugerían, Dios mío! ¡Tu misericordia las aparte de tu siervo! ¡Qué suciedades me sugerían! Pero ya no las oía

todo mi ser, sino una parte solamente. No se ponían ya delante de mí para cerrarme el paso, sino que lo bisbiseaban desde la espalda y cuando me alejaba me pellizcaban como a hurtadillas, para que volviese los ojos a mirarlas. Pero me retardaban, porque vacilaba en arrancarme y sacudirme de ellas y pasar de un salto a donde el Señor me llamaba. La costumbre, que siempre ejerce violencia, seguía diciéndome: “¿Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?”».

Pero ya lo decía con gran tibieza. En aquel lugar hacia donde yo tenía dirigida mi vista se me descubría la belleza de la castidad, serena y alegre sin liviandad. Alargaba hacia mí, para recibirme y abrazarme, sus piadosas manos, llenas de multitud de buenos ejemplos: numerosos niños y niñas, gente joven y de todas las edades, viudas venerables y vírgenes ancianas. En todos ellos resplandecía la castidad, que no es estéril, sino madre fecunda de hijos... Ella se burlaba de mí y con humor me alentaba diciendo: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas? ¿Acaso éstos y éstas lo pueden por sí mismos y no en el Señor su Dios? El Señor tu Dios me entregó a ellos. ¿Por qué te apoyas en ti que no puedes tenerte en pie? Arrójate a El, no temas; no se apartará para que caigas; arrójate seguro que El te recibirá y te sanará”. Sentía gran vergüenza de mí porque todavía sentía el murmullo de aquellas cosas frívolas y seguía indeciso y suspenso... Pero Alipio, pegado a mi lado, esperaba en silencio el desenlace de aquella agitación desacostumbrada en mí» (VIII, II, 26-27).

Agustín necesitaba estar completamente solo. Se levanta de donde estaba Alipio, porque la soledad le parece más adecuada para llorar y se retira lejos, donde

no le sea estorbo ni su presencia. Se tumba debajo de una higuera, suelta las riendas a las lágrimas y «rompieron dos ríos de mis ojos...». Daba voces lastimeras preguntándose: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré: mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no pongo en este momento fin a mis torpezas?» (VIII, 12, 28).

El momento es decisivo. Las consecuencias serán enormes no sólo para Agustín, sino para la Iglesia. Agustín está a punto de romper todos los lazos y dejarse caer en manos de Dios. Pero dejemos que sean sus mismas palabras las que lo cuenten: «Mientras decía esto, mi corazón lloraba con amarga contrición. De pronto, desde la casa vecina, oigo una voz, no sé si de niño o de niña, que decía cantando y repetía muchas veces: “Toma y lee; toma y lee”. Reprimidas las lágrimas, me levanté. Interpreté aquel canto como la voz de Dios que me invitaba a que abriese el libro y leyese el primer capítulo que encontrase... Así que volví a toda prisa al lugar donde estaba Alipio sentado, en que había dejado el libro que contenía las Cartas del apóstol San Pablo. Lo arrebaté, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que cayó ante mis ojos: *No en comilonas ni embriagueces; no en fornicaciones ni en rivalidad, ni envidia; sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne para satisfacer sus concupiscencias* (Rom., 13, 13-14). No quise leer más ni fue necesario, porque apenas leía esta frase, se extendió sobre mi corazón una luz de seguridad y se disiparon las tinieblas de la duda.

Entonces, poniendo el dedo o no sé qué otra señal, cerré el libro y ya con el rostro sereno se lo conté a Alipio. Me indicó a su vez lo que le estaba pasando a él mismo, sin que yo lo sospechara. Me pidió ver lo que había leído yo. Se lo mostré, y siguió leyendo un poco

más adelante. El texto continuaba con estas palabras: *Recibid al débil en la fe*. Se lo aplicó a sí mismo y me lo indicó. Tranquilo y sin tardanza se asoció a mi decisión y propósito, que iba en perfecto acuerdo con sus costumbres, en que desde mucho antes me sacaba gran ventaja» (VIII, 12, 30).

Después van a ver a Mónica y le cuentan lo ocurrido. Como es fácil de comprender, ella desborda de gozo.

Tal escena tenía lugar a finales de julio o a primeros de agosto del año 386. Agustín contaba 32 años. Una nueva etapa iba a comenzar en su vida.



IV
UN IDEAL:
CONOCER A DIOS

EN LA TRANQUILIDAD CON SUS AMIGOS

El puerto de la filosofía.

LA decisión de Agustín era definitiva: entregarse totalmente a la conquista de la sabiduría, viviendo sólo para Dios. Su alma ya estaba libre de las preocupaciones de ambicionar honores, de ganar dinero, «de revolcarse y rascarse la sarna de la lascivia». Dios era ya su honor, su riqueza, su salud. Le quedaba por hacer otra opción aún más concreta: seguir como profesor hasta que llegase el fin de curso, o «romper estrepitosamente». No le pareció esto último lo más adecuado. Por dicha, faltaban ya pocos días para las vacaciones de la vendimia. Resolvió soportarlos con paciencia y retirarse al tiempo acostumbrado y «rescatado por Dios, no volver a venderse» (IX, 2, 2).

Encontró una fácil disculpa, a la vez motivo real. A causa del excesivo trabajo de las clases, aquel mismo verano sus pulmones habían empezado a resentirse y a respirar con dificultad. Los dolores de pecho que sufría indicaban que había alguna lesión. Lo cierto era que no podía hablar con voz clara y sostenida durante largo tiempo. Al principio esto le había inquietado, porque le obligaría a renunciar, casi por necesidad, a la enseñanza

o, al menos, a interrumpirla. Pero ahora se alegraba de que se le presentase esta excusa, no falsa, que disminuiría el descontento de los padres al ver que sus hijos quedaban sin profesor.

Así llegó el día en que renunció efectivamente a la cátedra de retórica. Dios libró su lengua de donde había librado ya su corazón. Como había pensado, acabadas las vacaciones de la vendimia, avisó a los milaneses que buscasen para sus estudiantes otro «vendedor de palabras», porque él, a causa de la dificultad de respiración y el dolor de pecho, no tenía fuerzas. A causa también, aunque esto no se lo dijo, de que había determinado servir a Dios.

Abandonada su antigua profesión, Agustín y su círculo de amigos se retiran a una finca que en las afueras de Milán poseía el amigo Verecundo, quien la había puesto a disposición de ellos. Su nombre es ya célebre: Casiciaco. Después de arreglar los últimos asuntos en la ciudad, se dirigen a ella en los primeros días de noviembre. Con él iban dos alumnos: Licencio, hijo de Romano, su benefactor en otro tiempo, y Trigecio; los primos Rústico y Lastidiano; Alipio, Adeodato, su hermano Navigio y la madre Mónica.

La estancia en Casiciaco fue para Agustín un período de vacaciones. Nada más justo, concluido el curso y con problemas de salud. Nada más necesario, después de largos meses de angustia y de tensión, de problemas intelectuales y de incerdidumbres morales, de lucha y agonía interior, cuya dureza sólo conoce quien la ha experimentado. Su espíritu necesitaba paz y tranquilidad hasta volver a encontrar la serenidad completa.

Fue también un período de penitencia, de oración y meditación. En la nueva situación Dios pasaba a ser el

personaje de primera fila; se había convertido en el principal interlocutor de Agustín. Con El debía repensar su pasado, programar su futuro. Había sentido su mano liberadora, era preciso darle gracias. Experimentada la propia incapacidad no podía prescindir de El para el porvenir. Cualquier proyecto había de ser contemplado a su luz y a la luz de la experiencia y errores pasados. Agustín era inclinado a la introspección. Debía proyectar la luz recién descubierta sobre sí mismo, sobre las personas que lo acompañaban, sobre la naturaleza y el mundo entero que lo rodeaba, ahora que lo veía de distinta forma. Todo formaba una hermosa melodía; sólo era necesario percibirla: sus tonos, sus sonidos. Durante muchas horas de la noche, mientras los demás dormían, él meditaba y oraba.

Aquel período de unos cinco meses significó para Agustín ver realizado lo que antes se había mostrado como solamente un sueño: vivir en común con un grupo de amigos, todos interesados en la búsqueda de la sabiduría. A las horas de trabajo manual, de refección, de oración, sucedían las empleadas en charlas, en discutir problemas profundos. Se conservan los libros escritos en aquel entonces, fruto de la participación de todos, incluso de la abuela Mónica. Tres diálogos, hermosos, en los que Agustín se lleva siempre la parte del león: *Contra los escépticos*, *La vida feliz*, *El orden*. Aparecen los temas que preocupaban y ocupaban a aquellos amigos: el de la verdad: ¿podemos estar seguros de conocer la verdad?; la felicidad: ¿qué es?, ¿en qué consiste?, ¿cómo conseguirla?; el orden presente en la creación, el mal y la providencia; un programa de estudios, etcétera.

De aquel tiempo es también la obra famosísima denominada *Soliloquios* y que consiste en un diálogo entre la razón y el alma de Agustín. Original en todo, comen-

zando por el mismo título. Es un primer autorretrato escrito para los amigos y para la posteridad. Encontramos allí las metas intelectuales a que se proponía llegar.

—¿Qué deseas conocer?

—Deseo conocer a Dios y al alma.

—¿Nada más?

—Nada más.

Dios a quien comienza invocando con una oración que ha adquirido celebridad por su contenido y por su forma. Alma que debe purificarse para poder llegar al goce de Dios. La meditación del antiguo profesor se prolonga con reflexiones sobre la inmortalidad del alma. La obra quedó incompleta.

En las obras a que hemos hecho referencia, se contempla a un Agustín que evoluciona, que se va adecuando a la nueva situación creada en su vida. La máxima autoridad la tiene ya Cristo. Todo saber ha de fundamentarse sobre dos pilares: la razón y la autoridad de Cristo que impedirá a aquélla extraviarse. Se siente miembro de la Iglesia. En otras palabras, el Agustín «paganos» va cediendo el puesto al Agustín cristiano. La búsqueda de la sabiduría se identifica con la búsqueda del Dios de Jesucristo; la purificación del alma se lleva a efecto cumpliendo sus mandamientos, etc.

Ante todo, sin embargo, las vacaciones de Casiciaco fueron un período de preparación para el bautismo. Con anterioridad había escrito al obispo San Ambrosio informándole de sus antiguos errores y de su actual propósito, para que le aconsejase qué libros de la Escritura le sería más útil leer como preparación para recibir el sacra-

mento. Le recomendó la lectura del profeta Isaías porque —creyó Agustín— anuncia con más claridad que los otros el evangelio y la vocación de los gentiles. Agustín siguió el consejo del Santo, pero no entendió su lectura.

Más tarde, al acercarse la cuaresma, cuando debían inscribirse en el número de los candidatos al bautismo, dejando el campo, volvieron a Milán. Finalmente, después de haber asistido a la catequesis dirigida por el obispo, Agustín fue bautizado por manos de San Ambrosio. Era la noche del 24 al 25 de abril del año 387. Con él entró a formar parte de la Iglesia de Dios, Alipio, «revestido ya de humildad cristiana y gran domador de su cuerpo, hasta el punto de atreverse a recorrer descalzo el suelo helado de Italia». Y con los dos, Adeodato, «nacido carnalmente de mí, fruto de mi pecado» (IX, 6, 14).

«Juntamos también con nosotros al niño Adeodato, nacido carnalmente de mí, fruto de mi pecado. Tú lo habías hecho bien. Era como de quince años y, en ingenio, aventajaba a muchos varones graves y doctos. Yo te confieso tus dones, Señor y Dios mío, creador de todas las cosas y muy poderoso para reformar todas nuestras deformidades; porque en aquel año yo no tenía más parte que mi pecado; pues también el criarlo nosotros en tu doctrina, Tú nos lo inspirabas, ningún otro. Yo te confieso tus dones. Hay un libro mío que se titula El maestro, en que Adeodato dialoga conmigo. Tú sabes que son suyos todos los pensamientos que allí se ponen en boca de mi interlocutor, cuando estaba a las puertas de sus dieciséis años. Muchas otras cosas más admirables eché de ver en él. Me espantaba aquel ingenio; y ¿quién sino Tú es el autor de

tales maravillas? Pronto quitaste su vida de sobre la tierra; y con gran seguridad me acuerdo de él, no recelando absolutamente nada por él en la niñez ni en la adolescencia, ni en edad alguna de su vida. Lo asociamos a nosotros como a coetáneo nuestro en tu gracia, para educarle en tu enseñanza» (IX, 6, 14).

Recibieron el bautismo y huyó de ellos toda inquietud por la vida pasada. Fueron días de entusiasmo en que Agustín no se cansaba de considerar la grandeza del plan salvador de Dios. «¡Cuánto lloré en vuestros himnos y cánticos, fuertemente conmovido por las voces de tu Iglesia, que con suavidad cantaba! Entraban aquellas voces en mis oídos y vuestra verdad se derretía en mi corazón; con esto se inflamaba el afecto de piedad y corrían las lágrimas y con ellas me encontraba a gusto» (*id.*). Es Agustín quien habla y es Dios aquel con quien está hablando.

En la época en que escribe las *Confesiones* aún conserva fresco el recuerdo: «Cuando pienso en las lágrimas que derramé al oír los cánticos de la Iglesia poco tiempo después de haber recobrado la fe, reconozco una vez más la utilidad de esta costumbre de cantar en la Iglesia. Aún ahora me conmuevo, no con el canto, sino con las cosas que se cantan, cuando se hace con voz suave y modulada» (X, 33, 50).

Pero su mente ya pensaba en abandonar aquellas tierras.

NUEVO RUMBO

Cuanto esto leyeren,
acuérdense ante vuestro
altar de Mónica.

EN efecto, la permanencia en Milán fue breve. No mucho tiempo después, Agustín y los suyos emprendieron viaje a Roma, como primera etapa del proyectado retorno a Tagaste. En Ostia, junto a Roma, tomarían la nave que los devolvería a las costas africanas. Pero el puerto se hallaba bloqueado por la flota del usurpador Máximo. Tal imprevisto les obligó a quedarse allí hasta que fuese posible la navegación. Tomó contacto con nobles familias cristianas y probablemente se albergó en casa de una de ellas.

Dos acontecimientos de distinto signo tuvieron lugar en Ostia. El primero, el éxtasis de Agustín y Mónica. Así nos lo cuenta él: «Se acercaba el día de la muerte de mi madre. Aconteció que ella y yo nos hallábamos solos, apoyados en una ventana, desde donde se descubría el huerto interior de la casa en que habitábamos... Conversábamos a solas muy dulcemente... Hablábamos de la sabiduría de Dios, que deseábamos con ardor y llegamos a tocarla un poco con nuestro corazón» (IX, 10, 23-25).

El segundo fue la muerte de Mónica. Al poco tiempo cae gravemente enferma y a los nueve días de su dolencia, cuando contaba ella 56 años de edad y Agustín 33, «aquella alma religiosa y piadosa fue desatada del cuerpo» (IX, 11, 28).

La emoción y la pena que sintió fueron inmensas. Mientras le cerraba los ojos, afluyó a su corazón una

enorme tristeza, que se transformaba en lágrimas. El esfuerzo por contenerlas era grande y esta lucha aumentaba aún más su dolor, como lo aumentaba también el escuchar el llanto del hijo Adeodato cuando la abuela exhaló el último aliento.

Mónica encontró sepultura allí mismo. Durante el entierro, Agustín consiguió contener las lágrimas, pero luego en el transcurso del día se vio oprimido por la tristeza. Para alejarla decidió ir a tomarse un baño. Se bañó, pero como se encontraba antes, así se halló después. No fue capaz de trasudar de su corazón la amargura de la tristeza. «Luego me dormí —dirá— y al despertar hallé no poco mitigado mi dolor» (IX, 12, 32).

Grande había sido el amor de la madre hacia el hijo, pero no menor el del hijo por la madre. Las siguientes palabras de Agustín, de gran belleza y riqueza de sentimientos, son muestra de ello: «Sentí ganas de llorar en la presencia de Dios sobre ella y por ella, sobre mí y por mí. Solté rienda a las lágrimas que tenía reprimidas, para que corrieran cuanto quisieran, haciendo de ellas un lecho para que descansara mi corazón, que en él encontró efectivamente reposo, porque allí estaban los oídos de Dios, no los de hombre alguno que interpretase despectivamente mi llanto. Ahora, Señor, te lo confieso en este escrito. Léalo quien quiera e intérpretele como quiera. Y si hallare pecado en que llorase yo durante una pequeña parte de una hora a mi madre recién muerta delante de mis ojos, a mi madre que durante tantos años me había llorado delante de los tuyos, no se ría; antes, si tiene caridad, llore él también por mis pecados a Ti, Padre de todos los hermanos en Cristo» (IX, 12, 33).

Agustín vuelve a Roma hasta que sea posible hacerse a la mar. Allí pasa los días visitando los monasterios que

existen en las cercanías, al mismo tiempo que entregado a la actividad literaria. Poseemos las obras de carácter filosófico y apologético escritas por él en aquel período. El mismo fervor que años atrás le había impulsado a difundir el error maniqueo lo despliega ahora para refutarlo y contrastarlo con la verdad de la Iglesia católica. No puede tolerar que los maniqueos conviertan sus propias costumbres, que él tan bien conoce, en apología de la verdad de su religión. El argumento es válido, pero está mal aplicado. Es la vida de los cristianos y sobre todo la caridad de los monjes la que testimonia la verdad católica, les dirá.

Por fin llegó la hora de atravesar, por segunda y última vez para Agustín, las aguas del *Mare nostrum* (como le llamaban los romanos) o mar Mediterráneo. En el 388 arribaba a Cartago, es decir, cinco años después de haber engañado a su madre en aquel mismo puerto. El que ahora regresaba no era el mismo que había partido. La nave de su vida acababa de emprender un nuevo rumbo.

Esta vez su estancia en Cartago no fue muy larga. Tagaste le esperaba. Sus proyectos iban a convertirse en realidad.

SIERVO DE DIOS

*Meditando día y noche
la divina ley.*

EN compañía de su hijo y amigos ha regresado a Tagaste. Como primera medida, vende las posesiones de sus padres, da a los pobres lo obtenido, quedándose únicamente con la casa para vivir con sus amigos como siervo de Dios.

Los bienes a los que Agustín renunció no fueron ciertamente muchos, porque no los poseía. Pero él dejará escrito más tarde que «mucho abandona quien no sólo abandona lo que tiene sino hasta lo que desea tener» (*Comentario al Salmo 103, III, 16*). Es la expresión de un estado de ánimo pronto a sacrificar todo en aras del servicio del Señor. En efecto, habían llegado a Tagaste como «siervos de Dios». Se podía pensar en el primer ensayo de monasterio agustiniano.

Lo que había experimentado por breve tiempo y en otras circunstancias en Casiciaco, va a convertirse ahora, en sus planes, en realidad duradera. La búsqueda de la sabiduría se llamará en adelante con otro nombre: búsqueda y conquista de Dios. Cristo y la Escritura abrirán el camino. La razón avanzará por ese sendero abierto, sin apartarse de él ni a la derecha ni a la izquierda. Salir de él equivaldrá a entrar en el error. El viaje es largo; se necesita la purificación. Es preciso desprenderse de todo. El alma ha de caminar libre, sin nada que retrase su partida o retarde su paso.

Pero ahora ya no están en Casiciaco. Los proyectos de antaño no bastan. Africa es un campo de batalla. El es

miembro de una Iglesia que se encuentra atribulada. El maniqueísmo, el donatismo y los paganos amenazan ahogarla. Hay que lograr, sí, la ascensión personal hacia Dios; pero es necesario también formar un ejército que luche en defensa de esta Iglesia. A ambas cosas se dedicará Agustín.

En Tagaste se vive un ambiente ascético, donde todo es común. Al cuerpo lo doman con ayunos y el alma la alimentan con la oración y la meditación. Allí se estudia, se reflexiona, se lee, se consulta, se recoge uno en el interior hasta llegar a «ver a Dios» a través de las cosas creadas. Nuevos intereses han penetrado en la pequeña ciudad de Numidia. El conjunto de amigos forman un centro de estudios. El trabajo intelectual ocupa las más de las horas del día. Agustín es el padre común de todos ellos, el «director espiritual», el maestro de filosofía y teología, y de Sagrada Escritura. Lo que él recibe del cielo en su estudio y oración lo reparte a los demás. A los de dentro con su palabra y sus escritos. Con éstos también a los de fuera.

«Después de recibir el bautismo juntamente con otros compañeros y amigos, que también servían al Señor, plúgole volverse al Africa, a su propia casa y heredad; y una vez establecido allí, por espacio de casi tres años, renunciando a sus bienes, en compañía de los demás que se le habían unido, vivía para Dios con ayunos, oración y buenas obras, meditando día y noche la divina ley. Comunicaba a los demás lo que recibía del cielo con su estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con su palabra y escritos» (Vida de San Agustín, escrita por Posidio, cap. III).

La primera instrucción es filosófica. Variados son los temas que se proponen a la discusión y al diálogo: la existencia de Dios, los grados de ascensión hasta El, la libertad, el origen del mal, el maestro interior, la providencia, etc. Agustín dirige, aclara, distingue, explica, sintetiza. Junto con los temas filosóficos van los teológicos: relación entre la fe y la razón; la Trinidad y la Encarnación, pecado original y gracia, credibilidad de la Iglesia Católica, signos de la verdadera religión, etc. La teología se convierte en apologética, contra paganos y herejes. Se sirve a la Iglesia.

El joven Adeodato muere. Había dado pruebas de su talento en el libro titulado *El maestro*. Fallece también en Cartago el amigo Neonidio, que no había podido acompañarles en el retiro de Tagaste. Fueron dos pérdidas dolorosas para Agustín.

Los intereses de quienes viven reunidos van cambiando. Les preocupan cuestiones bíblicas. Se hallan sumamente interesados en conocer la Escritura, su significado. Esto no es fácil; en todas partes ven pasajes oscuros y cuestiones difíciles. Son las cuestiones del día, las que barajan los herejes contra la Iglesia. La mejor razón que se les puede oponer es la auténtica palabra de Dios. Indispensable es conocerla. Lo que antes era instrumento de perfección personal, está ahora al servicio de la Iglesia. Agustín responde a las preguntas como puede. Improvisa con frecuencia y más tarde tendrá que cambiar de opinión. Enseña las normas para interpretar la Escritura, para entender los antropomorfismos, la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, etc.

Los libros de Agustín se copian, se regalan, corren de mano en mano. Su fama se ha extendido por la provincia

entera. Todos le conocen, le admiran y le alaban; por su ciencia y por su género de vida. Otros le odian: los maniqueos contra quienes ha escrito ya varias obras; ha descubierto sus errores y hasta les ha puesto en ridículo.

Agustín no quiere renunciar a su género de vida. Al mismo tiempo se esfuerza por ganar nuevos miembros para su ideal. Va personalmente a buscarlos. Antes ha tomado precauciones. Sabe a dónde puede ir, a dónde no. Conoce las ciudades donde hay obispos y donde lo necesitan. Evita estas últimas. Podría ser peligroso para él. Pero Hipona tiene todavía pastor. Ningún peligro existe, por tanto, de que lo capturen para el servicio pastoral de aquella ciudad. Y se va sin mayores cuidados. Era el año 391.

V
UNA VOCACION:
SERVIR A LA IGLESIA

DIOS LO QUIERE

*Amaron en mí el haber
oído que me había
convertido a la libre
servidumbre de Dios,
desdeñando las
posesiones paternas.*

LEGABA a un puerto, el segundo de Africa, después de Cartago. Aquí se embarcó Agustín en un viaje que duraría toda su vida. Su destino será no ya Roma, sino el servicio directo de la Iglesia. La condición no será la de un simple pasajero. Sin pretenderlo ni quererlo le nombran timonel. A él corresponderá guiar la nave.

En efecto, le fallaron los cálculos en el viaje a Hipona. Por doble motivo: el personaje que quiere ganar para su causa no se muestra muy convencido ni Agustín consigue persuadirlo. Por otro lado, el obispo es viejo, habla mal el latín por ser griego. Los donatistas le están ganando la partida. Necesita alguien que le ayude, alguien que hable bien. Expone al pueblo lo urgente de esta necesidad. Agustín se halla presente en la Iglesia. La gente le conoce. Comienzan a volverse hacia él las miradas de los asistentes. Han reconocido en él la persona que necesitan. Le eligen para sacerdote; nadie mejor preparado que

él. Profesor de retórica en otro tiempo, ahora siervo de Dios. Que lo demuestre al servicio de la Iglesia. Agustín llora. Han abusado, no han contado con él, ni con sus amigos, que también le querían a su lado. Han roto en pedazos los planes que se había trazado para la vida. Lloro. No falta quien piensa mal; intentan consolarle. Agustín considera que la voluntad de Dios. Sólo El puede ejercer este tipo de violencia. Es imposible resistirle. Cede.

«Lo apresaron y, como ocurre en tales casos, lo presentaron a Valerio para que le ordenase, según lo exigían el clamor unánime y grandes deseos de todos, mientras él lloraba copiosamente. No faltaron quienes interpretaron mal sus lágrimas, según nos refirió él mismo y como para consolarle, le decían que aunque era digno de mayor honra, con todo, su grado de presbítero era próximo al episcopado, siendo así que aquel varón de Dios como lo sé por confidencia suya, elevándose a más altas consideraciones, gemía por los muchos y graves peligros que veía cernirse sobre sí con el régimen y gobierno de la Iglesia; y por eso lloraba. Así se hizo lo que ellos quisieron» (Vida, cap. IV).

Agustín es ordenado. Pero antes pone condiciones: que se le permitía vivir con sus amigos. El viejo obispo Valerio accede. Le permite levantar un monasterio en un huerto propiedad de la Iglesia. Agustín vuelve a Tagaste. Ha de dar la triste noticia a sus compañeros de siempre. No va a poder vivir con ellos como antes. Quiere llevarse consigo a algunos para que le ayuden a levantar el nuevo monasterio. La comunidad va a ser dividida. Ni Agustín ni los demás quieren que regrese luego a Hipona. Escribe a su obispo una carta. Necesita una prórroga de al menos

tres meses para leer y estudiar en profundidad la Escritura. No quiere verse condenado; tan grande es la responsabilidad. «Me atrevo a confesar que con plena fe retengo lo que atañe a mi propia salud. Mas, ¿cómo he de administrarlo a los demás sin buscar mi propia utilidad, sino la salvación de los otros?... ¿Cómo puede conseguirse eso sino pidiendo, llamando y buscando, es decir orando, leyendo y llorando, como el mismo Señor perceptuó? Con este fin me valí de los hermanos para solicitar de tu sincerísima y venerable caridad alguna prórroga, por ejemplo, hasta Pascua; ahora repito mi petición por estas preces. ¿Acaso habré de responder al divino Juez: “No pude informarme convenientemente, pues me lo impidieron los negocios eclesiásticos?”. El me replicará: “Mal siervo, suponte que le hubiese salido un pretendiente a los bienes de la Iglesia, en la que tanto trabajo se emplea para recoger los frutos...”» (Carta, 21, 4-5).

Agustín vuelve a Hipona. Se dedica de lleno a la actividad sacerdotal, sobre todo a la predicación. Llueven las críticas. Es contra la costumbre de toda Africa que predique un sacerdote estando presente el obispo. Sigue adelante con el apoyo del mismo. Recoge los primeros triunfos y las primeras desilusiones. Dirige la palabra a un concilio de obispos y sigue escribiendo. Ahora los temas ya no los escoge él. La vida y necesidades de la Iglesia se los imponen. Su fama se extiende con velocidad insospechada. Hasta el mismo Valerio teme que Agustín vuelva a sufrir violencia, que otras ciudades sin pastor se lo arrebaten. Para evitarlo, le consagra obispo de Hipona, también contra las normas establecidas. Era el año 395. Será su sucesor cuando él muera, ya anciano, solamente un año más tarde. No todos fuera de Hipona están de acuerdo. Los más envidiosos levantan acusaciones y declaran

nula la consagración de Agustín. La verdad triunfa; se trataba de puras calumnias. Para siempre será ya *El Obispo de Hipona*.

¿Dónde están los planes de no hace muchos años? ¡Tanto han cambiado las cosas! ¡Qué sueño más hermoso habría sido el poder dedicarse a la contemplación de la verdad, libre de todo cuidado temporal!

EL TIEMPO PRECIOSO

*De día trabajaba,
de noche meditaba.*

EL gran número de obras escritas por Agustín puede llevarnos a engaño. Puede hacernos creer que las más de las horas del día las empleaba en estudiar y escribir. Nada más lejos de la realidad. Para Agustín eso era solamente un sueño, lo deseado. Tenía otras ocupaciones más enredosas y menos agradables para él.

La mayor parte del día y de los días los pasaba administrando justicia, resolviendo pleitos y contiendas. Agustín era una figura vital de su comunidad. El obispo era persona importante en la ciudad. Ante la corrupción general y la ley del más fuerte, él se presentaba como el árbitro que no se deja sobornar; que administra justicia con rectitud, rapidez y por amor, sin acepción de personas. Numerosísimos eran los que recurrían a él, sobre todo los indefensos, y tanto paganos como cristianos, católicos o herejes. Todos se confabulaban para quitarle su precioso tiempo. «A veces duraba la audiencia hasta la hora de comer; otras pasaba el día en ayunas, oyendo y resolviendo pleitos», nos dice San Posidio (*Vida*, 19).

Otros menesteres consumían el ya escaso tiempo de Agustín: visitaba las prisiones, intercediendo en favor de quienes allí se hallaban, para que no fuesen maltratados. Lo hacía «con tanta modestia y recato que no causaba ninguna molestia y pesar, sino admiración» (*Vida*, 20). Por el bien de aquellos infelices sometidos a la terrible justicia, o injusticia, del tiempo, hubo de enfrentarse no pocas veces a autoridades paganas o donatistas a cuyos

ojos no era bien visto. Sus respuestas no fueron siempre las que esperaba y deseaba Agustín.

«En las visitas guardaba la moderación recomendada por el Apóstol, yendo sólo a visitar a las viudas y pupilos que padecían alguna tribulación. Si algún enfermo le pedía que rogase por él y le impusiese las manos, lo cumplía sin dilación» (*Vida*, 27).

Tampoco le era posible emplear a su gusto las horas libres de tales trabajos. Agustín viajó mucho y por distintas causas. Lo hizo por los caminos más insólitos de Africa. Más que horas, fueron muchos los días seguidos que pasó a caballo. Los motivos de tales traslados eran diversos: asistir a concilios, arreglar asuntos políticos, encontrarse con otros obispos para trazar planes de acción; visitas pastorales para instruir y fortalecer la fe de los católicos, para discutir con representantes de sectas heréticas, etc. Viajó en todas las direcciones: de Cartago a Cesarea de Mauritania; al este, al oeste y hacia el interior; cuando era joven y cuando los años le abrumaban ya. En 30 años visitó Cartago en 33 ocasiones. A veces los fieles se mostraban celosos y disgustados por las largas ausencias de su obispo. Sería curioso llegar a conocer los libros que tuvieron su génesis sobre los lomos del caballo.

Los hermanos que vivían en el monasterio fueron también unos robatiempos para Agustín. Aunque le acosaron no pocos y graves problemas siempre les atendía gustoso sin reparar en las horas. Eran la niña de sus ojos.

El cultivo de la correspondencia: he aquí otra de las múltiples ocupaciones del santo. Cuando aún no existían periódicos, ni radio, ni televisión, ni revistas de tipo alguno, constituía el único medio de mantenerse en contacto con el mundo exterior. Era necesario buscar las

noticias, informarse, pedir cuanto se necesitase. Resultaba imprescindible para mantener el calor de la amistad, para ejercer la propia influencia. Por otra parte, Agustín era el sabio de su tiempo, en las ciencias profanas y en las religiosas. A él acudían numerosas gentes. Unas para que les resolviese sus cuestiones; otras para hacerse valer ante él y merecer una alabanza de su pluma; otras para probarle: ¿será su ciencia tanta cuanto el vulgo pregona? De este modo, nos han quedado numerosas cartas que transparentan al Agustín hombre, amigo, culto, filósofo, teólogo, apologista, controversista; ansioso de aprender y de dar cuanto posee. Cartas de gran interés para conocer a una época y al hombre que configuró esa misma época.

Por último, hay que considerar también el tiempo empleado en la predicación y actividad litúrgica.

¿Qué le quedaba para sus estudios, para sus lecturas? La noche. La luz de la lamparilla de aceite, porque la del sol alumbraba otros asuntos. «Tal era su ocupación: trabajando de día y meditando por la noche» (*Vida*, 24).

DIOS NOS BASTA

¡Cuán hermoso y alegre es convivir los hermanos juntos!

AGUSTIN ya es clérigo; más exactamente, sacerdote. Pero sacerdote monje para toda su vida. En la intención y en la realidad. Será también, por tanto un obispo monje. Conviven con él en el monasterio fundado en el huerto junto a la Iglesia antiguos compañeros, aunque no todos. Alipio volverá pronto a su ciudad natal, de donde pronto será obispo. Así escribe Posidio, uno de sus acompañantes: «Ordenado, pues, presbítero, luego fundó un monasterio junto a la Iglesia, y comenzó a vivir con los siervos de Dios según el modo y la regla establecida por los Apóstoles. Sobre todo miraba a que nadie en aquella comunidad poseyera bienes, que todo fuese común y se distribuyese a cada cual según su necesidad, como lo había practicado él primero, después de regresar de Italia a su patria» (*Vida*, 5).

El tipo de vida que llevaba este grupo de amigos no podía no verse influenciado por la nueva situación en que se encontraba el alma de todo: Agustín. Ordenado sacerdote, está al servicio directo de la Iglesia. Los afanes puramente filosóficos han cedido del todo. No en vano ha pasado tres meses de dedicación exclusiva al estudio de la Sagrada Escritura. De aquí tomará la inspiración. Ella le indicará las exigencias de la vida cristiana, lo que es bueno y lo que es mejor. Le propondrá el ideal a seguir, el ejemplo que imitar.

Ideal y ejemplo que encuentra en la vida de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, tal como lo relata

San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles* 4, 32: «La muchedumbre de los que habían creído tenían un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes bien todo lo tenían en común... Cuantos eran dueños de casas o haciendas las vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los Apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad». Una vez, leído este texto en público, Agustín añadirá: «Ya veis qué es lo que buscamos. Orad para que podamos realizarlo» (*Sermón* 356, 2). Sobre tal texto levanta el Santo su idea del monacato. Sobre aquel texto modela su comunidad de forma rayana en la intransigencia.

«Hermanos míos, si queréis dar algo a los clérigos, os exhorto: ofreced a todos lo que queráis, ofrecedlo espontáneamente. Pero será común y se distribuirá a cada uno según la necesidad lo pidiere. Cuidad el cepillo y todos tendremos lo suficiente. Es algo que a mí me deleita sobremanera: ese cepillo es nuestro pesebre, nosotros somos el ganado de Dios y vosotros el campo de Dios. Nadie regale un birro o una túnica o una cosa semejante, sino sólo cosas que puedan ser comunes. También yo tomo todo del común, pues sé que es del común lo que tengo. No quiero que vuestra santidad ofrezca cosas que solamente yo pueda decentemente utilizar, por ejemplo, un birro precioso. Quizá conviene al obispo, pero no a Agustín, hombre pobre, nacido de pobres» (*Sermón* 356, 9).

Quienes opten por vivir con Agustín, han de ser continentales, es decir, han de renunciar al matrimonio; han de someterse al superior y obedecerle; pero sobre todo han de hacer voto de pobreza. Así vive Agustín. Así

quiere a quienes convivan con él. Antes de entrar han de dar todos sus bienes. A quienes quieran; pueden donarlos a los pobres, a la Iglesia o al mismo monasterio. Al ingresar en éste han de ir dispuestos a vivir de la Iglesia. Ella les ha de alimentar. Del mismo modo que la comunidad de Jerusalén se mantenía con las colectas de las demás Iglesias, así el monasterio, y quienes en él viven, ha de subsistir con las limosnas de los fieles.

Nadie ha de poseer nada propio. Hacer lo contrario será un robo. Todo, absolutamente todo, ha de ser común y cada uno ha de recibir según su necesidad. La comunidad de bienes abarca tanto los temporales como los del espíritu. Hasta el alma ha de ser común. El monacato de San Agustín ha surgido de un grito: «Cuán hermoso y alegre es convivir los hermanos juntos» (*Salmo* 132, 1). El monacato tiene también una finalidad: «Para esto os habéis congregado en común: para que tengáis un alma sola y un solo corazón en y hacia Dios». Así comienza la *Regla* de Agustín. Dios, por tanto, es la meta última a lograr en unidad de corazones, impulsados por la caridad. Dios será para los monjes «la grande y riquísima posesión». Quien viva con Agustín no tendrá más bien que a Dios. Pero Dios basta, y sobra para todos.

Los medios para lograrlo no son distintos de los que tienen los restantes cristianos para acceder a Dios. Los monjes de Agustín, no son seres extraños, son cristianos como los demás. En la Iglesia primitiva la comunidad de Jerusalem vivía de una forma más perfecta que las demás comunidades, que también eran cristianas. Quienes entran en el monasterio agustiniano intentarán imitar a aquella comunidad de donde salió la fe al mundo.

El monje que desee vivir como Agustín propone no está fuera de la vida de la Iglesia. Al contrario, es la parte

más viva de la misma. Es el corazón del Cuerpo Místico de Cristo. Vive dentro de ella y para ella. En ella encuentra a Dios. Por medio de ella recibe al Espíritu Santo, que infunde en cada uno el amor para que pueda lograr esa unidad de corazones y así alcanzar a Dios. Sin la Iglesia no habría monacato agustiniano porque tampoco habría Espíritu ni caridad.

Agustín concibió el monacato ante todo como un servicio a la Iglesia. Quienes entraban en sus monasterios eran seglares. Pero habían de estar preparados para responder dignamente si algún día la Iglesia necesitaba sus servicios especiales. La gran novedad de Agustín consistió en convertir sus monasterios en «seminarios». La Iglesia católica africana se hallaba humillada hasta entonces por el donatismo. La única forma de conseguir que levantara la cabeza era comenzar con la reforma del clero. Era preciso desterrar del pueblo muchas costumbres menos cristianas que los adversarios de la Católica no cesaban de reprochar. Se necesitaban para ello sacerdotes y obispos capacitados. Era también necesario desterrar los vicios del clero, de modo especial su orgullo de casta y su avaricia. Para ello nada mejor que tener dónde escoger y tomar solamente los más dignos. Se necesitaba una vida casta y una instrucción conveniente. La ignorancia había que desterrarla completa y definitivamente de los pastores. De estos monasterios salió la reforma de la Iglesia africana. Los monasterios de Agustín proveyeron de obispos a numerosas ciudades africanas. Así la Iglesia católica comenzó de nuevo a revivir.

Quien era llamado al sacerdocio debía seguir siendo monje, viviendo en el monasterio, en pobreza. Agustín en esto no admitía excepciones. Deberían vivir con él,

en el monasterio, como los demás monjes no ordenados. Viviendo solamente del común.

Agustín vivía, pues, en el monasterio con sus monjes. Pero tenía que prestar los servicios de hospitalidad para con los huéspedes y peregrinos, a quienes no quería introducir en el monasterio. Tal vez, si se trataba de obispos, para que no le llevaran los mejores monjes a sus diócesis. O también para que no se llevaran los malos, a quienes él no permitía que fuesen ordenados. Para poder recibirlos funda un segundo monasterio en Hipona. La casa episcopal será ahora un monasterio más en el que Agustín vivirá con sus monjes clérigos.

La rigidez mostrada por Agustín en tema de pobreza fue causa de que no faltasen hipócritas que poseían bienes e hicieron testamento. Esto le llevó primero a hacer una inspección de todos sus monjes. Encontró la situación mejor de lo que opinaban las malas lenguas. Pero este hecho hizo que cambiase su modo de actuar. No será tan intransigente. El clérigo que así lo desee podrá abandonar el monasterio y vivir de sus bienes. Son palabras suyas: «Sé cómo aman los hombres ser clérigos; no se lo quitaré al que se niegue a vivir en común conmigo. Pero quien quiera quedarse conmigo tendrá a Dios. Si está dispuesto a dejarse alimentar por Dios, por medio de la Iglesia, a no tener nada propio repartiéndolo entre los pobres, o amasándolo en común, quédese conmigo. Quien no quiera, es libre, pero mire si podrá conseguir la felicidad eterna». (*Sermón*, 355, 6).

«Vivían con él los clérigos con casa, mesa y ajuar común. Para evitar el peligro del perjurio en los habituados al juramento, instruí al pueblo fiel, y a los suyos les tenía mandado que nadie se extra-

limitase, ni siquiera en la mesa. Si alguien se desliziaba en esta materia, perdía una porción de las permitidas, pues lo mismo para los que moraban con él como para los convidados, estaba tasado el vino que habían de beber. Las trasgresiones de la regla y de la honestidad las corregía o toleraba según la prudencia, insistiendo sobre todo en que debían desterrarse las palabras maliciosas...» (Vida, 25).

Para Agustín el hombre era libre de elegir el camino de la perfección o no. Pero una vez elegido, no le quedaba otra opción que elegir también la pobreza perfecta. Por necesidad, el clérigo ha de ser aspirante a la perfección y en consecuencia ha de vivir en pobreza. De aquí la advertencia de Agustín: «mire si podrá obtener la felicidad eterna».

Pero Agustín no quería tener hipócritas dentro de casa. El que falta a un voto cayó a mitad; pero quien simula lo que no tiene cayó entero. Por tanto, quien quiera quedarse con él sabe ya a qué atenerse. Y Agustín también: «Si alguien vive con hipocresía, si alguien es propietario, no le permito hacer testamento, sino que lo borraré de la lista de los clérigos. Puede citar contra mí mil concilios, o navegar contra mí a cualquier país, pero tenga la seguridad: Dios me ayudará para que donde yo sea obispo él no pueda ser clérigo. Lo habéis oído, lo han oído». (*Sermón*, 356, 14).

Palabras duras y claras. El obispo de Hipona no soportaba la hipocresía a su lado. El monacato ha de apoyarse en la verdad y en la sinceridad. La disposición interna de cada uno que entra en un monasterio agustiano ha de ser siempre la de quien está dispuesto en

cada momento a interrogar su corazón. Es decir, a jugar limpio. La verdad es presupuesto irrenunciable. Verdad que, a su vez, es conquista permanente.

En el monacato agustiniano todo es de todos. Y todos hacen todo. Todos contemplan, todos se dedican al servicio activo de la Iglesia. Todos trabajan manualmente. Si no en su persona, en la del hermano. Basta que ames lo del hermano y eso será tuyo.

«**S**US vestidos, calzados y ajuar doméstico eran modestos y adecuados: ni demasiado preciosos ni demasiado viles, porque estas cosas suelen ser para los hombres motivo de jactancia o de abyección, al no buscar por ellas los intereses de Jesucristo, sino los propios. Pero él, como he dicho, iba por un camino medio, sin torcerse ni a la derecha ni a la izquierda.

La mesa era parca y frugal, donde abundaban verduras y legumbres, y algunas veces carne, por miramiento a los huéspedes y a personas delicadas. No faltaba en ella el vino, porque sabía y enseñaba como el apóstol, que *toda criatura es buena, y nada hay reprobable tomado con acción de gracias, pues con la palabra de Dios y la oración queda santificado*» (1 Tim, 4, 4-5).

De plata usaba sólo las cucharas; todo el resto de la vajilla era de arcilla, de madera o de mármol; y esto no por una forzada indigencia, sino por voluntaria pobreza.

Se mostraba también siempre muy hospitalario.

Y en la mesa le atraía más la lectura y la conversación que el apetito de comer y beber. Contra la pestilencia de la murmuración tenía este aviso escrito en verso:

el que es amigo de roer vidas ajenas,
no es digno de sentarse a comer en esta mesa.

Y amonestaba a los convidados a no salpicar la conversación con chismes y detracciones. En cierta ocasión en que unos obispos muy familiares suyos daban rienda suelta a sus lenguas, contraviniendo a lo prescrito, los

amonestó muy severamente, diciendo con pena que o habían de borrarse aquellos versos o él se levantaría de la mesa para retirarse a su habitación. De esta escena fuimos testigos yo y otros comensales.

Nunca olvidaba a los compañeros en su pobreza, socorriéndoles de lo que se proveían él y sus comensales, esto es, o de las rentas y posesiones de la Iglesia, o de las ofertas de los fieles. Y como a causa de las posesiones, el clero era el blanco de la envidia, como suele suceder, el Santo, predicando a los feligreses, solía decirles que prefería vivir de las limosnas del pueblo a sobrellevar la administración y cuidado de las propiedades eclesiásticas, y que estaba dispuesto a cedérselas para que todos los siervos de Dios viviesen del servicio del altar. Pero nunca los fieles aceptaron tal propuesta» (*Vida*, 22-23).

TODO ES BUENO

Yo no puedo ser cruel con vosotros.

DURANTE su sacerdocio y episcopado, Agustín continuó la tarea emprendida apenas bautizado: rebatir el maniqueísmo, la religión que le tuvo prisionero durante nueve años. Nadie se hallaba en mejores condiciones que él para hacerlo. Su adhesión al mismo había sido fervorosa y con ejemplar aplicación se había dedicado a la lectura de los libros de la secta.

El maniqueísmo, grupo religioso procedente de Persia, se había difundido con sorprendente rapidez por todo el imperio romano de oriente y occidente. La clandestinidad había sido su normal modo de vida. Proscrito por las leyes imperiales, los paganos lo consideraban con horror y los cristianos ortodoxos con temor y odio. Era un peligroso competidor; también él se hacía pasar por cristiano, aceptando a su modo el Nuevo Testamento y rechazando el Antiguo por ignominioso.

La doctrina de Manes, su fundador, se basaba en el dualismo; al comienzo, existían dos principios, dos reinos, enemigos e irreconciliables entre sí; uno bueno y el otro malo: el «Reino de la luz» y el «Reino de las tinieblas». Este, envidioso de la felicidad de aquél, lo ataca. El otro, para defenderse, le entrega una parte de sí mismo, que es devorada al instante por el principio malo. Una parte de la luz se encuentra aprisionada en las tinieblas. En este momento comienza la historia. La creación del mundo se llevó a cabo para poder ejecutar la liberación. Todos los seres vivientes constan de esos dos principios:

la materia, intrínsecamente mala en cuanto que está formada con elementos del reino de las tinieblas, y una porción de luz, buena por tanto.

El hombre no está excluido. Dentro de él hay un elemento bueno y otro malo que obran respectivamente el bien y el mal. No existe libertad para el hombre maniqueo. No es el hombre quien peca, sino el principio malo que habita en su interior. Nada extraño es que Agustín encontrase atrayente esta doctrina que le explicaba, por una parte, el origen del mal —no procede del Dios bueno, cosa inconcebible—, y por otra creía que le libraba de la responsabilidad de sus pecados.

«Sean crueles con vosotros quienes ignoran cuánto cuesta encontrar la verdad, y cuán difícil es evitar los errores.

Sean crueles con vosotros quienes desconocen cuán pocas veces y con cuánta dificultad sucede el poder superar las imágenes carnales con la serenidad de una mente piadosa.

Sean crueles con vosotros quienes no saben lo que cuesta sanar el ojo interior del hombre de modo que pueda ver su sol: No éste a quien vosotros adoráis, dotado de un cuerpo celeste, que brilla y emite sus rayos a los ojos cárneos de hombres y animales, sino aquel de quien escribe el profeta: Me ha nacido el sol de justicia; y en el Evangelio: la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Sean crueles con vosotros quienes desconocen cuánto es preciso suspirar y gemir hasta llegar a poder comprender algo de Dios.

Finalmente, sean crueles con vosotros quienes nunca se han visto entrapados en el error, en el cual os ven a vosotros.»

Con todo, el maniqueo tenía unos deberes muy concretos: Liberar a su dios. Liberar del poder de la materia la partícula de luz presente en toda la creación: en las piedras, en las plantas, en los animales, en el mismo hombre. ¡En el maniqueísmo no es Dios quien redime al hombre; es el mismo hombre quien redime a Dios!

De aquí proceden las normas a que debe ajustar su conducta todo fiel maniqueo: Los *oyentes*, categoría inferior, en la medida de lo posible y los *elegidos*, o perfectos, de forma absoluta. Tales normas se contenían en lo que llamaban los tres sellos: de la boca, de las manos y del vientre. Por el sello de la boca se les prohibía blasfemar y comer carne por considerarla perteneciente al reino de las tinieblas. El de las manos, les prohibía quitar la vida a cualquier clase de ser viviente, aun vegetal, el mismo coger higos, pues era maltratar a Dios. El del vientre les impedía contraer matrimonio, pues el procrear hijos significaba aumentar el número de cárceles para la divinidad.

Los *elegidos*, a quienes estaba prohibido romper ninguno de tales sellos, eran alimentados por los *oyentes* y de forma totalmente vegetariana. En las oficinas de sus estómagos se efectuaba la liberación deseada. La partícula de luz que había recobrado la libertad era llevada al reino del Padre. Medio de transporte era el sol y la luna que periódicamente hacían su recorrido. Cuando ésta se hallaba en cuarto creciente, iba; cuando en cuarto menguante, venía. Así continuaban con una serie enorme de mitos que Agustín se encargó de poner en ridículo, interpretándolos en su sentido literal.

Como en las demás controversias, los caminos seguidos por Agustín para combatir el error fueron múltiples: escritura de libros, predicación, encuentros personales con miembros del otro bando, debates públicos, etc.

No es difícil enumerar las verdades de las que Agustín se convirtió en abogado contra los maniqueos. Lo primero de todo, él delató el carácter fabuloso y mítico de aquella construcción, que se oponía ostentosamente a todas las afirmaciones de la ciencia, en especial de la astronomía. Los que, a su modo de ver, prometían ser científicos, exigían que se creyese lo que iba contra las verdades más ciertas y seguras de la ciencia.

Les niega la denominación de cristianos. No corresponde a quienes no aceptan íntegro el Antiguo y el Nuevo Testamento, ni a quienes rechazan a Cristo tal y como aparece en los Evangelios, es decir, un Jesucristo, verdadero Dios y hombre, con carne y hueso. El Cristo de ellos era una especie de fantasma, sin carne, aunque la simulase. Tampoco podían arrogarse el nombre de cristianos quienes negaban verdades fundamentales que Agustín defendió con ahínco contra ellos.

Principio Supremo sólo hay uno, el Dios bueno, creador de todo cuanto existe con absoluta libertad. Creador por amor, no por necesidad.

En consecuencia, la creación es buena. Todo cuanto existe, en cuanto creado por Dios, es bueno.

El mal moral tiene su origen en la voluntad del hombre que decidió libremente apartarse de Dios. No procede de ningún otro principio. El mal físico en el mismo ser de las criaturas, ser deficiente, no pleno como el de Dios.

El hombre es libre para escoger el bien o el mal. Dios al crearle le dotó de ese don. Ninguna fuerza irresistible

le ata. El mal que el hombre siente dentro de sí y que le inclina al pecado, tuvo su origen en el pecado de Adán.

El verdadero Redentor es Cristo, no el hombre. El redimido es el hombre, no Dios.

Los tres sellos maniqueos son un absurdo evidente. La carne es obra de Dios; por tanto, es buena y puede comerse. La creación ha sido puesta por el Señor en manos del hombre para que se sirva de ella. Nada impide matar animales o servirse de plantas para nuestro sustento. El matrimonio es cosa santa y buena. Prohibirlo es apartarse de la verdad. Lo cual no impide que muchos, buscando una perfección superior, renuncien a él para entregarse total e íntegramente a Dios.

«Pero yo, que hinchado de enorme jactancia durante mucho tiempo, al fin que pude contemplar en qué consiste aquella sinceridad que se percibe sin necesidad de fábulas vacías de contenido.

Que, miserable, apenas merecía con la ayuda de Dios vencer las vanas imaginaciones de mi mente atrapadas por las más variadas opiniones y errores.

Que, para disipar las nieblas de mi mente, tardé tanto en someterme al médico lleno de clemencia que me llamaba y me halagaba.

Que lloré por mucho tiempo para que la Sustancia inmutable que no puede admitir mácula alguna, que habla en las Sagradas Escrituras, se dignase persuadir mi corazón.

Que, finalmente, busqué con curiosidad todas aquellas ilusiones que a vosotros os tienen atados y aprisionados en fuerza de la costumbre, que las escuché con mucha atención, y las creí sin sacar de

ellas provecho, y trabajé sin descanso para convencer a cuantos pude, y las defendí con constancia y valentía contra otros.

Yo no puedo ser cruel con vosotros, a quienes ahora debo soportar como en otro tiempo a mí mismo, y con quienes debo tener tanta paciencia cuanta tuvieron conmigo quienes vivían a mi lado cuando erraba en vuestro error lleno de rabia y ceguera» (Réplica a la Carta de Manes, llamada «del Fundamento», 2-3, 3-4).

En su lucha contra los maniqueos Agustín se sirve de todos los medios de que disponía su óptima preparación. Da razones, aduce textos bíblicos aceptados por los contrarios, muestra los despropósitos que se siguen de su doctrina, de su modo de obrar, ironiza, satiriza, etc., pero, al mismo tiempo, les respeta. Su intención es destruir el error y salvar al que yerra, recuperarle para la verdadera fe de Cristo. Principio que ha sido norma constante de su vida: «Odia el error y ama al hombre que yerra». Esta es su doctrina: «No ames en el hombre el error, sino el hombre, pues el hombre es obra de Dios; en cambio el error es obra del hombre. Ama la obra de Dios y no ames la del hombre. Cuando amas al hombre, le arrancas del error; cuando le amas, le ayudas a enmendarse». (*Comentario a la Carta I de Juan*, 7, 11).

Entre las obras antimaniqueas recordamos:

Las costumbres de la Iglesia Católica y las de los maniqueos.

Réplica a la Carta «del Fundamento».

Réplica a Fausto, el maniqueo (33 libros).

La naturaleza del bien.

Respuesta al maniqueo Secundino.

AGUSTIN Y LA ESCRITURA

De aquella ciudad a la que nos dirigimos nos fueron enviadas cartas, las Santas Escrituras que nos exhortan a vivir bien.

PARA Agustín, vivir cristianamente significa relacionarse con Dios. La vida del cristiano ha de ser un diálogo ininterrumpido con El. El hombre habla a Dios con sus afectos, sus buenos deseos, sus palabras, con su oración: «cuando oras hablas con Dios» (*Comentario al salmo 85*, 7). Dios a su vez habla al hombre en infinitud de modos: con la misma vida, con las cosas que nos rodean, con llamadas interiores, con el ejemplo de los demás; pero sobre todo, por su palabra, la Sagrada Escritura: «Cuando lees Dios te habla» (*Id.*). Cualquier lectura puede ser una palabra de Dios; leer la Biblia es siempre escuchar la palabra de Dios.

Una persona alejada de otra a la que ama, para hacer más soportable la separación se comunica con ella por medio de cartas. Por medio de ellas acorta o anula las distancias, haciéndose presente al ser amado. Nosotros nos hallamos lejos de nuestra patria, peregrinamos por este mundo. En la tierra a la que caminamos nos esperan quienes nos aman, los santos; nos espera quien más nos ama: Dios. Desde aquella bendita tierra El nos escribe una carta. Nos cuenta cuánto nos ama, quién es El, lo que nos tiene prometido, qué hemos de hacer para conseguirlo, para llegar a El. Esta carta son las Sagradas Escrituras. Por eso Agustín las amó hasta con locura; todas, enteras. Sin embargo, hubo partes privilegiadas. ¿Quién describirá la ternura con que leía y comentaba los sal-

mos? Y ya en el Nuevo Testamento, ¿es preciso recordar los lazos que unían al Apóstol de las Gentes, al predicador de la Gracia con quien fue llamado más tarde Doctor de la Gracia? No podemos dejar de mencionar la fuerza de simpatía que le arrastraba a comentar y a predicar sobre los escritos de San Juan que se había reclinado sobre el pecho del Señor en la Última Cena y en aquella fuente había bebido las aguas saludables del misterio del Verbo y de Dios, hasta llegar a descubrir lo que Dios es: Dios es amor.

¿De qué habla la Escritura? Para Agustín la Escritura habla sólo de Cristo y de su Cuerpo, la Iglesia. El Antiguo Testamento es el Nuevo encubierto y el Nuevo es el Antiguo manifestado. Solamente hace falta saber leer para percibir a Cristo ya sea en su propia persona ya sea en la de sus miembros. Con frecuencia hay que trascender el significado literal de las palabras y penetrar en el misterio que se oculta detrás de ellas, porque «humilde a la entrada, en su interior es sublime y envuelta en misterios» (*Conf. III, 5, 9*).

Dios habla en la Escritura de múltiples maneras y no todos están capacitados para entenderlas todas. Nos encontramos ante una mezcla maravillosa de claridades y oscuridades: claridades para que todo el que se acerque revestido de humildad pueda conocer a Dios a través de sus palabras; oscuridades para evitar que los indignos lleguen al conocimiento de tan sublimes misterios y también para estimular e impulsar a los más atrevidos a cavar siempre más hondo, sabiendo que la palabra de Dios es inagotable y que siempre es posible descubrir significados más profundos. Hablan las palabras, hablan los hechos; ni siquiera los números se hallan desprovistos de un significado misterioso. La Biblia es como una selva todavía inexplorada en su mayor parte y cuya riqueza de

contenido es inexhaustible. Sólo es preciso buscar, meditar. Pero este trabajo no ha de hacerlo el hombre sólo; necesita la ayuda de Dios; precisa que El le guíe. Que nos dejemos llevar por la mano del Señor.

«Nada hay para mí mejor; nada me es más dulce que contemplar el tesoro divino en la tranquilidad y sin prisas: esto es verdaderamente bueno, esto es verdaderamente dulce» (*Serm. Frang. 2, 4*). Dulce contemplación considerada como un servicio: «Yo me nutro para poder alimentarlos. Yo soy el siervo, el que trae el alimento, no el dueño de la casa. Yo expongo delante de vosotros aquello de lo que yo mismo recibo la vida». (*Id.*) Agustín estudia, medita, para después alimentar a sus fieles. La Biblia es, pues, como el alimento que toma la madre para después donarlo, convertido en leche, a sus hijos. Agustín nunca fue un estudioso desinteresado de la Escritura: «Todo lo que poseo de esta ciencia (Sagrada Escritura) lo suministro inmediatamente al pueblo de Dios» (*Carta 73, 2, 5*).

Los contactos de Agustín con la Sagrada Escritura duraron toda su existencia. Objeto de sus afanes fue tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Los comentaba él mismo y enseñaba a los demás las normas que han de regir toda explicación. Unas veces tomaba él la iniciativa; en otras ocasiones el estímulo le llegaba de las peticiones de quienes admiraban su ciencia y su disponibilidad.

Entre las obras escriturísticas recordamos:

Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos.

Comentario literal al Génesis (12 libros).

La concordancia de los cuatro evangelistas.

El sermón de la montaña.

La doctrina cristiana.

PROMOTOR DE LA UNIDAD

*¿Bautiza Judas?
¡Es Cristo quien bautiza!*

CUANDO nos referimos al Africa en que vivió San Agustín, no podemos hablar de la Iglesia sin más. A raíz de la persecución de Diocleciano se produjo una división en la misma. La chispa saltó al ser consagrado Ceciliano obispo de Cartago, consagración efectuada por alguien que para evitar el martirio había entregado a los perseguidores los Libros Sagrados, sabiendo que iban a ser dados a las llamas. Por esto, un grupo de obispos negó valor a tal consagración y se separó de la unidad de la Iglesia formando la *pars Donati*, la Iglesia donatista, así llamada por el nombre del segundo obispo cismático, Donato.

A partir de aquel momento en casi todas las ciudades del norte de Africa, a pesar de que todos adoraban al mismo Dios, creían en el mismo Jesús, proclamaban la misma esperanza, leían las mismas Escrituras, administraban los mismos Sacramentos, etc., existían dos iglesias, dos obispos, dos cleros, dos celebraciones simultáneas del culto divino. En otras palabras, no existía la unidad. Así encontró Agustín a Hipona cuando llegó para ejercer su ministerio sacerdotal y episcopal. Como en tantos otros lugares, también allí el donatismo era la Iglesia con más fuerza, mientras que los católicos constituían una minoría.

«Somos la Iglesia pura, inmaculada, sin mancha». Así decían los donatistas. Se autoproclamaban la Iglesia de los mártires debido a las persecuciones que debieron padecer por parte del emperador en cuanto herejes y cis-

máticos. Se consideraban como el pueblo elegido, que se había preservado incontaminado del mundo impuro. Por tanto, la sola Iglesia de Cristo, la única que poseía al Espíritu Santo, la sola que podía donarlo en la administración de los sacramentos. Sólo sería válido el bautismo si era administrado por un donatista porque pertenecía a una Iglesia pura que poseía el Espíritu Santo.

Al mismo tiempo consideraban a la Iglesia Católica como la iglesia de los pecadores, de los «traidores», de quienes entregaron los Libros Sagrados. Iglesia perseguidora, porque el emperador la apoyaba, no la perseguida como lo había sido la de Cristo con anterioridad. Por tanto, se hallaba desposeída del Espíritu. Los sacramentos que administrasen los católicos eran, en consecuencia, nulos. ¿Quién puede dar lo que no tiene? ¿Cómo uno que no es santo puede hacer santo a otro? De aquí que a todo católico que desertando pasaba a las filas de Donato ellos lo rebatuizasen.

A restablecer la unidad del redil de Cristo dedicó Agustín muchos días y muchos años de su vida. Predicaba, escribía libros, rebatía los de los contrarios, buscaba debates con ellos ante la presencia de los fieles de uno y otro bando; escribía folletos y los pegaba a la puerta de la basílica para que todo el que entrase pudiera enterarse del asunto; escribía poesías para que de este modo, con música, la gente retuviese mejor la posición de los católicos, etc. Se valía de todos los medios que su rica inteligencia e imaginación le ofrecía para apartar a los católicos de los donatistas y atraer a éstos a la Católica.

A los católicos les informaba, con documentos en la mano, de lo que habían sido las cosas en realidad. Les descubría las calumnias de los adversarios. Les mostraba.

que cuanto los donatistas les recriminaban eso mismo habían cometido ellos con anterioridad. Pero, sobre todo, su afán era devolver la unidad a cuantos se gloriaban del nombre de cristianos, restituir a la Iglesia la unidad que Cristo deseó para ello y por la cual había orado al Padre.

Mostró a los donatistas que Cristo redimió todo el mundo con su sangre, no sólo a los africanos y que, por tanto, la Iglesia de Donato no podía ser la verdadera. Intentó hacerles ver cómo la Escritura había anunciado la expansión de la Iglesia por todo el orbe, cómo habían de creer todos los pueblos y razas. Se esforzó por demostrarles que era un sueño la Iglesia pura, sin mancha, que ellos pretendían; que eso sólo se realizará en la vida futura, mientras que aquí, como afirma el Evangelio, la cizaña siempre estará mezclada al trigo; que en la pesca del Señor hubo peces buenos y malos.

Sobre todo les puso ante los ojos su presunción: querer hacer depender la obra de Cristo de la libertad humana. Porque un hombre sea pecador, ¿ya Cristo no puede actuar por medio de él? ¿No puede El, todopoderoso, escogerse el instrumento que desee? Cristo es superior a todo y se sirve aún de los pecadores para conceder su gracia. Los católicos poseen el Espíritu con mayor derecho que los donatistas, porque no se han separado del Cuerpo de Cristo, porque tienen amor y no han roto la unidad. Cuando los católicos administran los sacramentos, éstos son válidos. Porque «¿bautiza Pedro? Es Cristo quien bautiza. ¿Bautiza Judas? Es Cristo quien bautiza». Quien bautiza es siempre Cristo, por medio de los hombres, aun pecadores. Como El es santo, El hace santos. ¿Quién dirá que es inválido el sacramento administrado por Cristo? ¿Quién se atreverá a declararlo nulo? Tal es la doctrina de Agustín. Por tanto, no se debe repre-

tir. Cristo al bautizar ha puesto en el alma del cristiano un sello que no se borrará jamás aunque él reniegue de Cristo. Cristo ha tomado posesión de él para siempre.

Agustín estaba dispuesto a todo con el fin de lograr restablecer la unidad. Dispuesto hasta cesar como obispo de Hipona o a compartir la cátedra con el colega donatista. La pregunta surge: ¿consiguió su objetivo? En Hipona en no muchos años consiguió que los católicos fuesen mayoría; fue reduciendo al silencio a sus opositores. Su actuación incansable en el resto de Africa preparó el campo para la desaparición que tuvo lugar oficialmente en el 411, después de un siglo de lucha, con ayuda de la autoridad imperial. Agustín era el temido de todos, el por todos evitado. Hasta le tendieron asechanzas para matarlo, de las que se libró gracias a una equivocación del guía.

«Hablen lo que quieran contra nosotros; nosotros amémosles aunque no quieran. Comprenden que no tienen fundamento en su causa y dirigen sus lenguas contra mí: Muchas son las cosas que saben y muchas las que ignoran. Las que saben son ya pasadas, pues fui algún tiempo necio, incrédulo, alejado de toda obra buena. No niego que loco e insensato estuve en error perverso; pero cuanto no niego mi vida pasada, tanto más alabo a Dios que me perdonó. ¿Por qué, oh hereje, abandonas tu causa y te enfrentas con el hombre? ¿Qué soy yo? ¿Qué soy? ¿Acaso soy yo la Católica? ¿Por ventura soy yo la heredad de Cristo extendida por todas las naciones? Me basta con estar dentro de ella. Censuras mis maldades pasadas, ¿qué haces de extraordinario? Más severo soy yo con mis vicios que tú; lo que tú vituperaste, yo lo condené. ¡Ojalá quisieras

imitarme para que tu error se hiciera en algún tiempo pasado! Aquí viví mal, lo confieso. Y en cuánto me gozo de la gracia de Dios, ¿qué diré de mis iniquidades pasadas? ¿Me duelo? Me dolería si aún permaneciera en ellas. ¿Pues qué diré entonces? ¿Me alegro? Tampoco puedo decir esto: ¡Ojalá nunca hubiera cometido tal cosa!» (Comentario al salmo 36, III, 19).

Siempre fue benigno con ellos. Siempre esperó llevarlos a la unidad sin el empleo de la fuerza. Rechazaba el que se les obligase a pasar a la Católica. Siempre pidió misericordia para ellos. Siempre fue contrario a la pena capital, aun para los delitos comunes. Nunca quería verla aplicada. Su actividad fue ininterrumpida para conseguir que se mitigasen las penas de quienes estaban bajo el rigor de la justicia.

Con todo, al final de la lucha aceptó el empleo de la fuerza para conducirlos a la unidad de la Iglesia. Pero sólo después de haber visto que de otra forma los éxitos eran muy relativos. Después de conocer que muchos no pasaban a la Católica, a pesar de estar convertidos, por temor a sus antiguos compañeros y a sus venganzas. Después de haber observado la alegría de algunos pueblos a los que se había obligado a abandonar el donatismo. Si aceptó el apoyo de la fuerza imperial se debió ante todo a sentirse presionado por los pareceres de muchos de sus compañeros en el episcopado. Estos, a su vez, con tal actitud buscaban salvar sus propias vidas que veían amenazadas por las violencias de una parte de los donatistas: los fanáticos circunceliones.

Después de 411 el donatismo le dio menos que hacer. La Iglesia de Africa había obtenido la unidad. No sólo

por la fuerza. La situación estaba preparada ya por la intensa actividad de Agustín. Así, el obispo de Hipona logró restablecer lo que más amaba para la Iglesia de Cristo: la unidad. Si no existe la unidad no hay amor. Si no hay amor, allí no está Cristo y por tanto no se puede hablar de la Iglesia de Cristo. Y donde no está Cristo, ¿qué nos queda?

De las muchas obras escritas contra los donatistas recordamos:

Salmo contra los donatistas.

Réplica a la carta de Parmeniano.

El bautismo contra los donatistas.

Réplica a las cartas de Petiliano.

La unidad de la Iglesia.

EL MISTERIO DE DIOS

Quien esto lea, si tiene certeza, avance conmigo; indague conmigo, si duda; vuelva a mí, si reconoce su error, y enderece mis pasos cuando me extrañe.

LA mayor parte de las obras de San Agustín tuvieron su origen en la vida de la Iglesia. Defensa de la fe, refutación de los errores de los herejes, enseñanza de los fieles, exhortación a los indecisos, condescendencia al amor que debía a todos; siempre estaban al servicio de la madre Iglesia.

No obstante, Agustín maduraba proyectos en su corazón. Uno de ellos, el *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, el «De Trinitate». Una de las pocas obras agustinianas escritas por necesidad interna del santo, sin causa inmediata exterior que le impulsase a hacerlo. La obra era grandiosa en su concepción y lo fue en su realización. Consta de 15 libros. En su composición empleó más de 20 años. «Los comencé en mi juventud y los concluí siendo ya anciano» (*Carta*, 174). Le escaseaba el tiempo. Otras necesidades urgentes de la Iglesia le obligaron continuamente a interrumpir el trabajo. Sobre el tema se había escrito mucho, pero casi todo en griego, lengua que él no dominaba. Las dificultades se multiplicaban al pretender encontrar los códices. La obra, pues, tenía que madurar a base de tiempo, de meditación. Sin duda la más profunda de cuantas escribió el santo, revela su enorme capacidad de reflexión y de especulación.

Como todos sus escritos, también éste gozó de una

aceptación sin límites. Se comprende. Su fama había superado las estrechas fronteras de su diócesis; se había extendido por toda el Africa y atravesado el mar. Sus admiradores se mostraron impacientes. Hasta se las arreglaron para robarle el manuscrito, antes de que él mismo lo hubiese completado y revisado. Gesto de admiración que no agradó mucho a Agustín y prometió dejar inconclusa la obra. Pero él no valía para cumplir promesas nacidas de un impulso momentáneo. Bastó que los amigos le pidiesen la conclusión del tratado para que no supiese negarse. Así concluyó la empresa.

Sin duda fue esta obra el mayor monumento que Agustín levantó a Dios: Dios Uno y Trino. Unidad de esencia y Trinidad de Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cada una de las Personas es Dios y sin embargo no existe más que un solo Dios. Así aparece claramente en las Sagradas Escrituras; la razón humana puede llegar a vislumbrarlo. Trinidad que ha dejado vestigios de su presencia en la creación entera; de modo especial en el hombre; especialísimamente en sus partes superiores: memoria, inteligencia, voluntad. Trinidad siempre presente donde hay amor. Este no sería posible sin uno *que ama*, sin *algo amado* y sin el *amor* mismo. ¿No es Dios amor?

De este modo Agustín presenta la réplica más completa y armónica al arrianismo. Doctrina herética ésta que durante el siglo anterior había atormentado a la Iglesia, negando el dogma más intocable que poseía: el de la Santísima Trinidad. Jesús —decía— no fue hijo natural de Dios; lo fue como los demás hombres: por adopción. Sólo el Padre es Dios; el Hijo y el Espíritu Santo son las más excelentes de las criaturas, pero criaturas al fin.

La lucha, sin embargo, hubo de proseguir. El santo derrocha ingenio y agudeza, a la par de un conocimiento profundo de la Palabra de Dios, para llevarlos a la verdadera fe o, al menos, para impedir a quienes no estaban incontaminados mancharse con el fango del error. En la época de Agustín el arrianismo no estaba aún muy arraigado en Africa, lo cual no equivale a decir que no se había implantado. Se afianzó con la llegada de los vándalos. Todavía en los últimos años de su vida hubo de ponerse a escribir para salir al encuentro a las afirmaciones de algunos arrianos, no dudando tampoco en desafiarlos a debates públicos, ante taquígrafos. Cosa que los herejes no siempre encontraban de su agrado; al quedar escrito cuanto afirmaban perdían la libertad para mentir y blasonar de haber vencido, cuando la realidad los declaraba derrotados.

La obra de Agustín es un esfuerzo gigantesco para comprender lo que ya cree. La fe es el principio, la comprensión es la meta a donde pretende llegar: «cree para que puedas entender». La fe es el escalón para llegar al piso superior donde es posible conocer el misterio íntimo de Dios. Ese Dios al que invoca, da gracias y suplica perdón en las *Confesiones*; el Dios presente en la historia y que guía a la Iglesia en la *Ciudad de Dios*, el Dios meta y satisfacción de las aspiraciones del hombre, de cualquiera que se encuentre insatisfecho, es decir, de todos; simplemente, Dios.

«Señor mío y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte. Ansíe siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda. Tú que hiciste te encontrara y me has dado esperanzas de un conoci-

miento más perfecto. Ante ti está mi ciencia y mi ignorancia; si me abres, recibe al que entra; si me cierras, abre al que llama. Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa» (Conclusión de la obra).

EL GOZO ES COMUN

La Iglesia comenzó a levantar la cabeza.

AGUSTIN «enseñaba y predicaba, en privado y públicamente, la palabra de la salvación. Lleno de confianza impugnaba a las herejías de Africa, sobre todo a los donatistas, maniqueos y paganos, con libros o improvisadas conferencias. Los católicos se sentían llenos de admiración y de alabanzas y donde les era posible lo divulgaban a los cuatro vientos.

Con la ayuda, pues, del Señor, comenzó a levantar cabeza la Iglesia de Africa que desde mucho tiempo yacía seducida, humillada y oprimida por la violencia de los herejes, sobre todo de los donatistas, que rebautizaban a la mayoría de los africanos.

Estos libros y tratados se multiplicaban por gracia admirable de Dios. La abundancia de sus razones y la autoridad de los textos bíblicos que citaba, hacía que hasta los mismos herejes corriesen al lado de los católicos a escucharle llenos de entusiasmo. Quienes querían y podían, con la ayuda de estenógrafos, tomaban por escrito lo que decía. De este modo, su preclara doctrina y el suave olor de Cristo se extendió y se manifestó por toda el Africa, gozándose también la Iglesia de ultramar, luego de haberle llegado noticia. Pues, así como cuando padece un miembro, todos los miembros se compadecen, también cuando es glorificado uno, todos los demás participan de su gozo» (*Vida*, 7).

Lo que Agustín significó para la Iglesia africana queda recogido en este texto de S. Posidio. Ante todo, le dio confianza en sí misma, como primer paso hacia un nuevo resurgir.

REPARTIENDO EL PAN DE LA PALABRA

«Me veo forzado a predicar; si infundo temor es porque estoy aterrorizado yo.»

FUNCION primarísima de todo obispo en la Iglesia antigua era siempre la predicación. Agustín fue también, y tenía conciencia de ello, ante todo, un administrador de la palabra de Dios. Los siglos han querido que llegasen hasta nosotros unos 1.000 sermones del santo obispo. Tal número no representa sino una mínima parte de cuanto en realidad predicó. Ejerció tal ministerio siendo simple sacerdote. Nombrado obispo de Hipona ya nunca más cesó.

Fueron privilegiados oyentes de su palabra los fieles de Hipona. Muy afortunados también los de Cartago, donde Agustín pasó largas temporadas de su vida. Le escucharon también los cristianos de todas y cada una de las ciudades a donde se trasladó en sus innumerables viajes. A cualquier lugar a donde llegaba, allí debía repartir el pan de la palabra de Dios a quienes estaban ansiosos de oírle. En más de una ocasión se quejó de que nunca había tenido la dicha de escuchar; siempre le había tocado hablar.

Contrariamente a los paganos de su época, Agustín no buscaba los aplausos, aunque le agradaban. Su intención no era proclamar un bello, elegante y bien compuesto discurso, conforme a las normas de la retórica clásica. Buscaba ante todo *enseñar* e instruir aquella multitud de analfabetos que eran sus fieles. No disponiendo de libros, por otra parte superfluos para muchos que no sabían leer, el único medio de instrucción religiosa a su alcance

lo hallaban en la palabra del obispo. Nada tiene de extraño que pasasen horas y horas de pie, según la costumbre, pendientes de las palabras de Agustín, llenos de admiración y de encanto. Más de una vez, después de un sermón extremadamente largo, la gente le pidió que continuara. Agustín, más cansado que ellos a pesar de estar sentado —al contrario de nuestros tiempos— hubo de decirles que no. «Más vale que digiráis lo que ya os he dado y lo asimiléis debidamente» (*Serm.* 53 A, 14).

Enseñar y también *mover*; mover aquellos corazones ardientes e inconstantes. Instarles continuamente a que vivan en conformidad con la palabra de que se alimentan; conforme a lo que creen. Insistirles machaconamente a que cumplan los preceptos del Señor, a que sean cristianos de verdad. A veces hasta se sentían molestos de su insistencia. El encontraba siempre la respuesta apropiada: «Si queréis que no os dé más la lata, no erréis, no vayáis por el camino de la perdición» (*Serm.* 46, 14). Agustín era exigente porque sabía que Dios también lo era: «Quien te hizo a ti, exige todo de ti» (*Serm.* 34, 7). No quería que pereciese ninguno de ellos, deseaba tenerlos a todos a su lado en el reino del Padre: «No quiero salvarme si no es con vosotros» (*Serm.* 17, 2).

Enseñar, mover y *agradar*. Agradar no como fin en sí mismo, sino como medio para conseguir mejor los otros dos objetivos. Agustín disponía de recursos para ello. La óptima formación que se había procurado estaba dispuesta para ser empleada al servicio del pueblo de Dios. Su lenguaje es vivo, florido a veces, elegante, aunque no desdeña utilizar palabras que no se hallan en el diccionario —diríamos hoy— pero que entendían muy bien aquellas gentes sencillas. Los juegos de palabras, las comparaciones, las antítesis, todas las bellezas que había apren-

dido en los años de escuela aparecen al servicio de la verdad y para deleite de aquel pueblo que, como todos los antiguos, sabía apreciar, mejor que nosotros hoy, los valores de la palabra hablada. Nuestro predicador sabía encontrar el estilo adecuado para cada tema tratado. Sabía ser sublime, menos sublime y hasta humilde, si el tema lo requería. Nadie discutió a Agustín sus valores como orador. Alguien afirmaba no haber visto nunca en él a un cristiano, pero sí, siempre, un orador nato, y, hasta, por decirlo así, un dios de toda elocuencia. Ese alguien era un maniqueo.

La belleza de sus sermones nunca significó hacerse incomprensible. Agustín supo como nadie utilizar su arte en bien de la sencillez y de la fácil comprensión. Sus sermones podían ser comprendidos por todos, aun cuando hablaba de los más altos misterios de la fe cristiana. Aún nos maravillamos de la profundidad y claridad que se juntan en sus palabras. Temas reservados hoy a las aulas de las universidades son expuestos de forma comprensible para un público de ignorantes. Se puede afirmar que los sermones de Agustín son, ante todo, sermones populares. Agustín no solía prepararlos antes, por escrito; le bastaba su habitual meditación de las verdades cristianas y el arte de la palabra que fluía de su lengua.

Los sermones del obispo de Hipona son un diálogo con el público, aunque hable él solo. Dialoga con sus oyentes, tocando las cuerdas de sus sentimientos, sus ansias, preocupaciones y deseos. A veces el diálogo se hace más palpable; los fieles intervienen activamente, pero no con palabras, sino con lágrimas, con golpes de pecho, con gritos o con aplausos. Con frecuencia le interrumpen: cuando encuentra una expresión feliz, desentraña algún misterio, les toca alguna fibra de su cora-

zón demasiado sensible o les habla de un tema que les apasiona. Agustín no puede menos de responder a tales aplausos. He aquí una de tantas respuestas: «Me gustan los aplausos, ello es humano, y no sería honesto si lo negase. Pero no quiero alabanza de hombres que llevan mala vida. Eso me infunde horror y lo aborrezco. Me produce dolor y no alegría... Pienso en el peso de mi responsabilidad, pues también de vuestros aplausos tendré que dar cuenta. Alabado lo soy siempre, pero lo que me preocupa es cómo viven quienes me alaban» (*Serm.* 339, 1). Es un caso excepcional de penetración entre un pueblo y su obispo.

Los temas de su predicación eran sin número: las virtudes cristianas; el heroísmo y ejemplo de los mártires; las solemnidades del año litúrgico; cualquier versillo de la Biblia era tema suficiente para un largo sermón. La Escritura abastecía a Agustín, aun cuando exhortaba a la práctica de las virtudes o ensalzaba a un mártir, o celebraba un misterio del Señor. No quería alimentar a su grey con su palabra. ¿No tenía a disposición la palabra de Dios? Esta y sólo ésta, pretenderá transmitir a sus fieles.

Objeto predilecto de esta actividad fueron los pequeños, los chiquillos en la fe: los catecúmenos, quienes se preparaban para recibir el bautismo. El les instruía durante los largos días de cuaresma. Les explicaba los grandes acontecimientos de la historia sagrada. Les exponía los artículos de la fe, el credo que habían de aprender de memoria antes de ser bautizados. De estas predicaciones a los catecúmenos salieron los más hermosos comentarios al Padrenuestro que igualmente tenían que conocer de memoria antes de ser iluminados por el agua bautismal en la más sagrada de todas las noches: la noche de Pascua. A través de sus sermones podemos percibir toda-

vía cuán difícil se les hacía a muchos el aprender las pocas líneas del Credo o del Padrenuestro. El les exhortaba y les daba normas sobre cómo habían de proceder para que no se les olvidase.

Leyendo sus homilias se revive un ambiente plenamente familiar. Muy importante también era cómo debían comportarse una vez que eran ya plenamente cristianos: lo que debían de hacer, qué debían evitar cuando ya pertenecían a la Iglesia de Cristo: «Ahora que sois miembros de Cristo, os exhorto, os aviso. Temo por vosotros y no tanto a causa de los paganos, ni a causa de los judíos, cuanto a causa de los (malos) cristianos. Elegid vosotros en el pueblo de Dios a quienes vais a imitar» (*Serm.* 224, 1).

Con todo, no era algo de agrado para él. «Tener que predicar, recriminar, amonestar, sentirme responsable de cada uno de vosotros; esto es un pesado fardo, un gran peso para mí, una dura fatiga» (*Serm.* 339, 4). La palabra de Dios le ataba; nada de ella podía dejar en olvido. Aun lo que no gustaba a sus oyentes tenía que proclamarlo y con más energía.

Fruto de su predicación, además de los *Sermones*, son los:

Comentarios a los Salmos.

Comentarios al Evangelio de San Juan.

Comentarios a la 1.ª Carta de San Juan.

ROMA, ¡DESPIERTA!

*Dos amores edificaron
dos ciudades.*

POCO a poco el cristianismo se había adueñado de los corazones en que antes hallaran cabida los falsos dioses. Quienes con anterioridad corrían a los templos paganos, ahora se agrupan en las Iglesias cristianas. Quien antes acudía a Esculapio buscando la salud del cuerpo, ahora recurre a Cristo, médico de cuerpos y almas. A los héroes del paganismo sustituyen los mártires cristianos. En verdad, «la sangre de los mártires fue semilla de cristianos» (Tertuliano).

Sin embargo, el paganismo no había desaparecido totalmente. En muchos corazones se albergaba con la misma fuerza que en siglos pasados. Ante la amenaza de la desaparición completa, se agarraban con más vigor a la religión de sus antepasados. Era la herencia de los padres, herencia sacrosanta que era preciso conservar. ¿Acaso Roma no había llegado a ser grande cuando rendía culto a aquellos dioses? ¿Por qué abandonarlos ahora?

En otros espíritus el paganismo continuaba vivo en multitud de formas distintas. Habían abrazado la fe cristiana que no había echado raíces. Tal vez porque estaba de moda hacerse cristiano; tal vez por oportunismo; quizá por tener en Cristo un dios más que le pudiera sacar de sus apuros. Posiblemente para complacer a un amigo. Pero, en el fondo de su ser, continuaban paganos. Pagano era su modo de pensar; paganas las esperanzas con que se acercaban a Cristo; paganas sobre todo sus costumbres. A lo más, podía darse que fuesen cristianos los días de fiesta; entonces iban a la iglesia a escuchar lo

que decía el obispo, a darse golpes de pecho cuando oían la palabra «confieso», a reconocerse pecadores. Los demás días eran paganos: no se acordaban de la Iglesia ni del obispo. Les interesaba más el teatro y los histriones. Podemos pensar que hasta fuesen cristianos, que creyesen en Cristo con fines de obtener la vida eterna, mientras que para los asuntos de esta tierra continuaban sacrificando a los dioses de siempre. En el mejor de los casos podemos pensar que eran cristianos mientras todo marchaba bien. Cuando algo comenzaba a torcerse, renegaban de Cristo y se volvían a los otros dioses a ver si las cosas les iban mejor.

Contra uno y otro tipo de paganos hubo de luchar Agustín durante toda su vida de pastor. Es interesante leer sus sermones. Se defiende, mejor, defiende a la religión cristiana contra los ataques de unos y de otros; contra las palabras de los primeros y la vida de los segundos. Les muestra sus inconsecuencias, la falta de lógica; lo burdo de sus errores. Hubo de acontecer, sin embargo, un hecho nuevo que obligaría a Agustín a actuar con más energía aún.

24 de agosto del año 410. Roma, dominadora del mundo durante siglos, la que había impuesto su ley a casi todas las naciones, cae en poder del enemigo. La durante tantos años invicta e invencible ha sido saqueada por las tropas del godo Alarico. Las noticias que llegan a Hipona de quienes han logrado escapar son horribles. Todo ha sido destruido. Incendios, violaciones, sangre que corre por las calles... Todos, cristianos y paganos, se estremecieron ante tal noticia. Los paganos apuntaban con el dedo a los cristianos como los responsables de la catástrofe: el abandono de los antiguos dioses había dejado a la ciudad sin sus protectores y defensores.

Muchos cristianos se preguntaban dónde estaba el nuevo florecimiento que se esperaba para el imperio, ahora que los habitantes adoraban en su mayoría al Dios verdadero. Hasta los emperadores se habían sometido a Cristo y llevaban su cruz en la frente. Tal vez su fe comenzaba a tambalearse. Aun los más seguros de sus creencias cristianas se preguntaban qué significaba tal acontecimiento. ¿Qué había querido decir Dios por medio de aquella página tan borrosa? ¿Quién sería capaz de leer entre el polvo de las ruinas y la sangre de las matanzas que allí tuvieron lugar? ¿No sería la ocasión para volver a las costumbres de los padres y restablecer el culto de las antiguas divinidades?

Tal fue la ocasión para que Agustín se decidiese a escribir una obra que desde hacía tiempo estaba proyectando, la más monumental de cuantas compuso: *La Ciudad de Dios*. Nada menos que 22 libros, en cuya composición empleó 24 años. A través de sus muchas páginas quiere dar cumplida respuesta a paganos y a cristianos. A éstos les recuerda la fugacidad de los bienes de este mundo, que no es por la dicha en esta tierra por lo que sirven a Cristo, sino por la del más allá. En la fe cristiana el sufrimiento no está desprovisto de valor; resalta su valor purificador. Pase lo que pase, nada debe temer el cristiano porque la Providencia rige los destinos de la historia. Dios sabe obtener el bien aun de los males. «Escribe derecho con líneas torcidas» (Santa Teresa).

A los paganos les recuerda que si muchos salvaron sus vidas fue precisamente por refugiarse en templos cristianos que los saqueadores no se atrevieron a destruir. La causa de la destrucción han de verla en los pecados de los hombres. Más aún, la clemencia de Dios atemperó la destrucción. Pero sobre todo, les pone ante los ojos la

vanidad del culto de los dioses tanto para la vida presente como para la futura. Pasa revista a la mitología romana para mostrar los absurdos y contradicciones que allí encuentra. La grandeza de Roma no fue obra de tales divinidades que no existen, o no fueron más que hombres divinizados una vez muertos. De modo especial apunta sus lanzas contra el imperio romano, expresión misma de la soberbia y del afán de dominio sobre los demás. Su misma historia comenzó con un asesinato: con la muerte de Remo por parte de su hermano Rómulo. Sin embargo, no todo es condena. Agustín reconoce las muchas virtudes que poseyeron los romanos, virtudes que sólo serían útiles a los habitantes de la ciudad de Dios. Pues, ¿de qué le sirvieron? Tal es el tema de los diez primeros libros.

Los doce restantes presentan una concepción grandiosa de toda la historia de la humanidad. Desde el delito de Caín dando muerte a su hermano Abel en los albores de la historia, todos los hombres han sido, consciente o inconscientemente, moradores de una de las dos ciudades: la celeste o la terrena, las únicas posibles. Todos han militado bajo las órdenes de uno de los dos estrategas, Dios o Satanás, defendiendo sus banderas respectivas.

«Dos amores fundaron dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda en Dios, porque aquélla busca la gloria de los hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria y ésta dice a su Dios: *Tú eres mi gloria*. En aquélla sus príncipes y las naciones avasalladas se ven bajo el yugo de la concupiscencia de dominio, y en ésta se sirven en mutua caridad, los gober-

nantes aconsejando y los súbditos obedeciendo...» (*La Ciudad de Dios*, XIV, 28).

Agustín dedica cuatro libros a exponer el origen de ambas ciudades, cuatro a su posterior desarrollo y los cuatro finales a su destino. La ciudad terrena ha tomado origen en Caín que por envidia mató a su hermano y se ha ido prolongando en todos los imperios paganos que se han ido sucediendo, hasta la llegada del imperio romano que significa su más perfecta expresión.

La Ciudad de Dios, en cambio, tuvo su origen en Abel y de ella formaron parte los profetas, patriarcas y los santos del pueblo de Israel. Pero su plena institución sólo tuvo lugar con la llegada de Cristo y la fundación de su Iglesia. A partir de este momento, la ciudad del diablo y la Ciudad de Dios se encuentran mezcladas; sólo Dios sabe quién pertenece a la una y quién a la otra. Únicamente al final de los tiempos la separación será definitiva y total. Mientras los secuaces de Satanás serán condenados con él a arder en el fuego eterno del infierno, quienes militaron bajo las banderas de Dios irán a gozar de El por toda la eternidad. «Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin. Y ¡qué fin más nuestro que arribar al reino que no tendrá fin!» (XXII, 30, 5; conclusión de la obra).

La *Ciudad de Dios* representa una enciclopedia de la cultura antigua. A la seriedad de las acusaciones, Agustín respondió con la seriedad de la defensa. Leyó, se documentó, reflexionó, hizo cuanto estaba de su parte para dar una respuesta total e inapelable a quienes acusaban a la religión cristiana. Todos los ramos de la ciencia antigua le sirvieron para su fin. A quienes no podía convencer por la Escritura, faltándoles la fe en ella, intenta, con

derroche de energía y de agudeza, convencerles a partir de sus mismos instrumentos, de sus mismas creencias.

La Ciudad de Dios fue el libro que configuró toda la Edad Media. Los estudios sobre esta obra agustiniana en la actualidad se cuentan por millares.

«¡Oh noble naturaleza romana! Elige desde ahora tu camino a fin de que puedas tener una gloria verdadera, no en ti sino en Dios. Un tiempo no te faltó la verdadera religión a escoger. ¡Despierta! ¡Es de día! Despiértate como se han despertado algunos de los tuyos, de cuya virtud y de cuyos padecimientos por la fe nos gloriamos. Esos, combatiendo contra los irreconciliables poderes hostiles, vencidos con su muerte valerosa y con su sangre, nos dieron esta patria.

Nosotros te invitamos, te exhortamos a venir a esta patria, para que te cuentes en el número de ciudadanos cuyo asilo es, en cierto modo, la verdadera remisión de los pecados. No prestes oídos a los que degeneran de ti. Son detractores de Cristo y de los cristianos y acusadores de estos tiempos como calamitosos. Es que buscan tiempos en que la vida no sea ya pacífica, sino más bien segura la malicia. Un tiempo semejante jamás lo quisiste tú, siquiera para tu patria terrena. Ahora vuélvete hacia la patria celeste. Por ella trabajarás muy poco y en ella tendrás un reino eterno y verdadero... ¡No andes a la caza de dioses falsos y falaces! ¡Desprecialos y deséchalos, elevándote a la verdadera libertad! No son dioses, son espíritus malignos para quienes tu felicidad es un suplicio» (Ciudad de Dios, II, 29, 1-2).

TODO ES GRACIA

*Dame, Señor, lo que pides
y pídemelo lo que quieras.*

CONTRA el pelagianismo libró Agustín la más dura y la última de sus grandes polémicas en defensa de la fe de la madre Iglesia. Tres personajes van unidos a este error: Pelagio, de quien la herejía recibe el nombre; Celestio, quien hizo estallar la contienda y Julián de Eclana, el más capaz y el más inteligente de los opositores de Agustín, quien continuó la polémica una vez despuertas las armas por los otros dos. Esta lucha, que comenzó hacia el año 411, concluyó con la misma muerte de Agustín, casi 20 años más tarde. Ella le sorprendió, de hecho, antes de haber podido terminar una voluminosa obra que en razón de ello lleva por título: *Obra inacabada contra Julián, obispo de Eclana*. Inconcluida como está, consta de seis libros.

Si comparamos esta controversia con las otras dos grandes: las dirigidas contra el donatismo y contra el maniqueísmo, hallamos varios rasgos particulares. El primero, el carácter internacional, digámoslo así. La disputa, que tuvo su origen en Africa, se extendió luego a Italia y hasta al mismo Oriente. Se hace intervenir al Obispo de Roma, cosa no acaecida en las anteriores contiendas. Particular también es el hecho de que se llevó a cabo de forma casi exclusiva en el terreno literario, por medio de libros. Agustín y sus opositores se conocen por noticias que otros les envían, por los respectivos escritos, pero nunca llegaron a encontrarse cara a cara. Típico es el elevado tono intelectual: el cristiano medio no estaba capacitado para saber si existía error y dónde. El pelagia-

nismo y la lucha que le siguió fue combatida sólo por gentes selectas; el pueblo cristiano apenas fue llamado en causa directamente.

Pelagio era un buen cristiano, con afanes ascéticos. Aspiraba a ser perfecto convencido de que podía llegar a serlo. Dado que era posible, lo consideraba obligatorio, no sólo para él sino para todos los cristianos. El se proponía reformar al pueblo creyente, que se había relajado no poco en sus costumbres, debido principalmente a la gran masa que con la llegada de Constantino se dejó bautizar sin estar del todo convencida o sin la preparación suficiente.

Quería hacer del pueblo cristiano una comunidad fervorosa que cumpliera fielmente las leyes de Dios. Dios había dotado al hombre de libertad; podía, por tanto, cumplir libremente aquellas normas que El le exigía. Normas o leyes que se podían conocer claramente: no en vano Dios nos las había dejado escritas en la Biblia. Además, tiene el buen ejemplo de tantos santos profetas y patriarcas del Antiguo Testamento. Conoce también de aquí los castigos que Dios proporciona a quienes no son fieles, el primero de todos, el sufrido por Adán. Puede imitar ante todo el ejemplo de Cristo, obediente al Padre hasta la muerte en Cruz. Para eso vino al mundo: para darnos ejemplo.

Si esto pensaba Pelagio, ¿dónde está el error?, ¿dónde la herejía? Tal vez no lo has visto, como tampoco lo percibieron muchos hombres, incluidos obispos, del tiempo de Agustín. A él tocó la fortuna, queremos decir la inteligencia, de sacar a la luz el error de Pelagio encubierto en sus palabras. No sólo lo que expresaba sino también a dónde podían llevar sus principios o presupuestos.

El vio, en efecto, detrás de aquellas palabras exhortatorias a la santidad al «enemigo de la gracia de Dios», al negador de la misma, al desprestigiador de la obra de Cristo. Para Pelagio y sus secuaces el hombre era completamente libre, capaz de llevar a cabo por sí solo el bien que se propusiese realizar. Ninguna fuerza le retraía, al menos interna. Admitía, sin embargo, que el mal ejemplo de los demás podía ejercer un efecto negativo sobre nosotros. En otras palabras, negaba el pecado original. Adán había pecado, sí; pero su pecado no lo heredaron sus hijos. A ellos les dejaba solamente el mal ejemplo.

Se comprende, por tanto, que negasen la estricta necesidad del bautismo para evitar las penas del infierno, aunque fuese imprescindible para obtener la gloria de Dios. Nada había en el hombre que tuviese necesidad de ser perdonado. Nos referimos a los niños, porque las personas mayores tienen que responder lógicamente de todas sus faltas. El pecado lo concebían como algo superficial: una elección equivocada, que puede borrarse con otra elección acertada, en conformidad con la voluntad de Dios. De aquí se originaba una nueva figura de Cristo Jesús: era solamente un compañero que nos había dado muy buen ejemplo; un maestro que nos otorgó nuevas y más perfectas leyes, pero no el Redentor. ¿De dónde su necesidad, si el hombre mismo era capaz de curar sus males? ¿Qué necesidad había de la gracia? ¡Qué poco había valido la muerte de Cristo!

Esto a Agustín no le bastaba. Había vivido una experiencia de pecado, de lucha, de incapacidad de salir a flote si Dios no le hubiera tendido la mano. ¿De dónde tal insuficiencia? ¿No creó Dios bueno al hombre bueno? Sí, pero después pecó Adán. Pecado gravísimo puesto

que vivía en la más completa felicidad. El, rico, se arruinó e hizo partícipes de su pobreza a todos sus descendientes, llamados a participar de su riqueza. Todos heredamos su pecado. Como prueba están los males que contemplamos en torno a nosotros. Todos sufrimos, aun los niños inocentes. Si no existiera en ellos un pecado, ¿cómo Dios que es justo puede castigarlos así? Prueba de ello también son los vicios que nos arrastran: la envidia, el orgullo, la concupiscencia, la muerte, etc.

«Consigamos a ser posible de nuestros hermanos que no nos tachen de herejes, cosa que nosotros al disputar con ellos podemos tal vez hacer si queremos, y, sin embargo, la evitamos. Súfralos aun la piadosa Madre (la Iglesia) con sus entrañas compasivas para sanarlos; guíelos para instruirlos y no llorarlos muertos. Porque mucho van progresando; es demasiado, es intolerable, se requiere paciencia para sufrirlos. No abusen de la paciencia de la Iglesia y corrijanse. Como amigos los exhortamos, no porfiamos con ellos como enemigos. Murmuran contra nosotros, lo soportamos. Ya sé que a mi me han hecho blanco de sus iras; lo sufro. Pero no vayan contra el canon de las divinas letras, contra la regla de la fe; no contradigan a la verdad. No acometan a la Iglesia santa, que todos los días con tanta solícitud se interesa por la remisión del pecado original en los niños. Es una práctica de muy buenos fundamentos. Se debe soportar al disputador que yerra en otras materias de la Iglesia; entonces es tolerable el error; pero éste no debe llegar hasta socavar el fundamento mismo de la Iglesia. No ha llegado aún la hora oportuna; tal vez nuestra paciencia todavía no es censurable;

pero también debemos temer que se nos acuse de negligentes. Basta esto para vuestra caridad; vosotros que los conocéis tratadlos como amigos, como hermanos, pacíficamente, con amor y compasión. Haced cuanto os sugiera vuestra caridad para ganarlos, porque después no habrá impíos a quienes amar» (Serm. 294, 21).

La libertad quedó recordada, limitada. Dentro del hombre hay algo que le arrastra hacia el mal. No se trata sólo del mal ejemplo de Adán pecador; más aún, de él recibimos una interna debilidad que nos hace imposible cumplir por nosotros mismos la ley del Señor. No es suficiente la voluntad; necesita ser empujada. No basta con que Dios nos haga conocer sus leyes; necesitamos su fuerza para cumplirlas. Tampoco son suficientes los buenos ejemplos. Los malos nos arrastran tanto y más. Era necesaria la venida de Cristo, que ofreciese remedio a nuestra enfermedad. El nos trae la gracia que nos cura, que nos sana, que ayuda. El nos trae la fuerza: «Vosotros, dice Agustín a los pelagianos, enumeráis muchas vías a través de las cuales Dios nos socorre; los mandamientos de las Sagradas Escrituras, las bendiciones, las curaciones, mortificaciones, incitaciones e inspiraciones; pero que El nos da el amor y en tal modo nos ayuda, eso no lo decís» (C. Julián, III, 106).

Participamos de la redención de Cristo a través del bautismo; por ello es necesario. El bautismo nos cura la herida que nos causó Adán, pero nos deja la debilidad. A la curación seguirá el largo período de convalecencia que durará hasta el fin de nuestra existencia terrena. También durante esta etapa necesitamos de los cuidados de Cristo médico. Necesitamos de su ayuda. Sin El nada podemos

hacer. Todos nuestros triunfos serán triunfos de Cristo y nuestros. «Cuando Dios corona nuestros méritos, corona sus dones».

Agustín llegó hasta el límite de sus fuerzas en su lucha contra los «enemigos de la gracia de Dios». Ellos no negaban la gracia, sino la absoluta necesidad de la misma. Y en defensa de tal absoluta necesidad Agustín no cesó de actuar: asistió a concilios, escribió cartas, hizo intervenir al Papa y sobre todo rebatió sus doctrinas en numerosos libros. El descubrió la herejía y él la rebatió con tanta fuerza, con tanto derroche de trabajo y especulación, con tan profundo estudio de la Escritura y de la tradición cristiana, que con razón lleva el título de DOCTOR DE LA GRACIA, que va siempre unido al otro de DOCTOR DE LA HUMILDAD. ¿Qué es el hombre sin la gracia de Dios?

Sin embargo, la victoria no fue fácil. Los enemigos tenían altura intelectual, aunque a alguno, en ciertas ocasiones, le faltase altura moral. A las razones especulativas se unían hasta los insultos. Más de una vez Agustín perdió la serenidad. Había cosas por las que no podía pasar. Por ejemplo que se metiesen con su difunta madre, llamándola «borracha», mal de niñez del que la había librado la gracia del Señor. La tenacidad de Agustín hizo que fuese temido por sus contrarios. Y también odiado. Es el mayor elogio que pudo hacerle San Jerónimo: «¡Adelante! Eres celebrado en todo el mundo. Los católicos te veneran y contemplan como a un nuevo fundador de la fe y, lo que es signo de mayor gloria, todos los herejes te detestan» (Caria, 195).

Entre las obras que Agustín escribió contra los pelagianos, recordamos:

Las consecuencias y perdón de los pecados.

El Espíritu y la letra.

La naturaleza y la gracia.

El matrimonio y la concupiscencia.

Réplica a Julián (6 libros).

La corrección y la gracia.

La predestinación de los santos.

El don de la perseverancia.

LA VEJEZ SIN DESCANSO

*Vine a esta ciudad en la
flor de mi juventud.
Entonces era joven, ahora
soy anciano.*

LA vejez llamó también a las puertas de Agustín y no le quedó más remedio que dejarla entrar. Vejez salpicada con horas de luz y momentos de amargura. Los monjes, lo que más amaba de toda su iglesia, son fuente de preocupaciones. En Hipona, alguno se ha atrevido a hacer testamento, habiendo profesado con anterioridad pobreza absoluta. Ya lo recordamos. En Hadrumeto querían sacar conclusiones exageradas de su doctrina de la gracia. Otro monasterio; éste de monjas, muerta la hermana de Agustín, durante largo tiempo al frente del mismo, no aceptaba la nueva superiora. Agustín tuvo que intervenir combinando caridad con firmeza. Al mismo tiempo ha de lamentar una equivocación suya. Contra el parecer de todos, nombró obispo de Fúsala a un joven; Antonino, que luego resultó ser un tirano para la comunidad. Hubo de sudar para deshacer el entuerto y contrarrestar las maniobras del encausado.

Pero no todo es amargura. De Tierra Santa acaban de llegar los restos del mártir S. Esteban. Toda Africa se puebla de capillas en su honor. En aquellos momentos de angustia, los pobres habitantes buscan un protector celestial, mejor que terreno; no un rico, sino un mártir; no Romaniano, sino Esteban. Los prodigios se multiplican; las curaciones se suceden unas a otras. Agustín se entusiasma y ordena recoger datos de cada una de ellas. Hay que publicarlas; hay que darles publicidad. Dios no

abandona a su iglesia, a sus hijos. Se siente inspirado y escribe una poesía para adornar las paredes de la capilla que Hipona ha construido a su generoso bienhechor.

Su actividad intelectual no sufre merma. Contesta a quienes acuden a su ciencia como panacea capaz de resolver todas las cuestiones. Finaliza la importante obra *La doctrina cristiana*; concluye la monumental *Ciudad de Dios*; escribe un importante catálogo de herejías —ochenta y ocho—, antiguas y contemporáneas, a petición de un diácono de Cartago. Muchas de ellas las ha rebatido a lo largo de su vida. Ahora se ocupa de los arrianos y, sobre todo, de los pelagianos, los últimos herejes citados en el catálogo. Emplea muchas horas del día en combatir a Julián de Eclana. A matizar su doctrina sobre la gracia.

No le basta el tiempo. Desea renunciar a muchos asuntos de administración temporal. Las fuerzas físicas comienzan a fallarle. Anhela tener más tiempo libre para la meditación de las Sagradas Escrituras y revisar sus escritos. Nombra un sucesor en el año 426. El será su sustituto y llevará sobre sus hombros gran parte del peso de la diócesis. Agustín podrá dedicarse a sus afanes. Su nombre es Heraclio, uno de los clérigos de su monasterio, el constructor de la *memoria* de San Esteban.

Agustín sabe que su muerte está vecina. Mientras se es niño se puede esperar ser joven; luego adulto, maduro, anciano. Pero cuando se es anciano no se puede esperar más que la muerte. Mental y físicamente se conservaba aún en activo. Era consciente del prestigio que sus obras habían alcanzado. No ignoraba que iban a ser el alimento espiritual para las generaciones venideras. Al mismo tiempo era sabedor de los muchos cambios que habían

sufrido sus ideas. «Progresando escribía y escribiendo progresaba». Lo que en otros tiempos había sido puntal firme de su pensamiento, ahora lo encontraba un error. Los enemigos no tenían escrúpulos en servirse de la imprecisión de sus primeros escritos, o simplemente en atribuirle lo que nunca había afirmado. Así emprende la titánica obra de revisar todos sus escritos. Los lee de nuevo. De aquí sale la obra titulada *Revisiones*, única y original, como las *Confesiones*, *Soliloquios*, *La Ciudad de Dios*. En ella nos indica cuándo fue escrita cada una de las obras, en qué ocasión, con qué finalidad; lo que encuentra que no está conforme con su pensamiento de hombre ya maduro; lo que él dijo y lo que los herejes le hacen decir. Libro fundamental para conocer a Agustín. La muerte le sorprendió sin haberlo podido acabar. Le quedaron por revisar sus cartas y sus muchísimos sermones. Hasta los últimos momentos de su vida permaneció trabajando. De día confeccionaba la respuesta a Julián; durante la noche revisaba sus escritos.

El Africa romana iba a sucumbir. Procedentes de España, atravesando el estrecho de Gibraltar, habían pisado tierra africana los vándalos capitaneados por Genserico. Una a una iban cayendo todas las ciudades. El poder romano no era capaz de ofrecerle resistencia. Las escenas llenas de horror recordaban las que Agustín había oído contar cuando el saqueo de Roma. Los obispos, entre ellos Posidio, acudían a Hipona. Agustín les invita a no abandonar a los fieles de que son pastores. Finalmente, los invasores llegaron a Hipona. La asediaron durante catorce meses. Después de tres, Agustín cae enfermo. Aprovecha la enfermedad para hacer penitencia. «Poniendo los cuadernos en la pared ante los ojos, día y noche, el santo enfermo miraba y leía, llorando

copiosamente. Y para que nadie le distrajera de su ocupación unos diez días antes de morir, nos pidió en nuestra presencia que nadie entrase a verle fuera de las horas en que le visitaban los médicos o le llevaban la refeción» (*Vida*, 31).

Próximo a cumplir los 76 años, el 28 de agosto del 430 entregó su alma a Dios. Su corazón inquieto conoció el descanso. Su peso, su amor, impulsaba su caída hacia lo alto, hacia Dios. En El encontró el reposo buscado, la paz del sábado eterno.

«El cuerpo con su peso tiende a su lugar. El peso no va sólo hacia abajo, sino a su lugar. El fuego tiende hacia arriba; la piedra hacia abajo. Por sus pesos se mueven y van a su lugar. El aceite derramado debajo del agua, se levanta sobre el agua; el agua derramada encima del aceite se sumerge debajo de él. Por sus pesos se mueven; van a su lugar.

Las cosas no bien ordenadas están inquietas; cuando se las pone en orden, descansan.

Mi peso es mi amor: a donde quiera que vaya, por él soy llevado. Tu don nos enciende y nos lleva hacia arriba; nos enardecemos y subimos...

Con tu fuego nos enardecemos y caminamos, porque vamos hacia arriba, a la paz de Jerusalén; porque me he gozado en lo que me han dicho: Vamos a la casa del Señor. Allí nos colocará tu buena voluntad y ninguna otra cosa querremos sino permanecer allí eternamente» (Confesiones XIII, 9, 10).

LA HERENCIA DE SAN AGUSTIN

NO existen palabras más adecuadas para dar fin a una biografía de San Agustín que aquellas con que la concluye quien fue su amigo y confidente durante 40 años, San Posidio:

«No hizo ningún testamento porque, como pobre de Dios, nada tenía que dejar.

Mirando a los venideros, mandaba siempre que se guardasen con esmero toda la biblioteca de la Iglesia y los códices antiguos.

Los bienes que poseía la Iglesia en propiedades u ornamentos, todo lo encomendó a la fidelidad del presbítero que llevaba el cuidado de su casa.

En su vida y en su muerte trató con atención a sus parientes, religiosos o seglares; y si era necesario, de lo sobrante, como a los demás, los proveía, no para enriquecerlos, sino para que no padeciesen necesidad o para aliviarla.

Dejó a la Iglesia clero suficientísimo y monasterios llenos de religiosos y religiosas, con su debida organización, su biblioteca provista de sus libros y tratados y de los de otros santos; y en ellos se refleja la grandeza singular de este hombre dado por Dios a la Iglesia, y allí los fieles le encuentran inmortal y vivo...

Y ciertamente en sus escritos se manifiesta según la luz de la verdad que se recibe, cómo aquel sacerdote tan agradable y amado de Dios vivió según la saludable y

recta fe, esperanza y caridad de la Iglesia católica y los que leen sus libros acerca de las cosas de Dios salen aprovechados. Si bien yo creo que sin duda pudieron recabar mayor provecho los que le oyeron y vieron predicar en la Iglesia y, sobre todo, conocieron su vida ejemplar entre los hombres» (*Vida*, 31).

INDICE

	Página
PRESENTACION	7
INTRODUCCION	9
LAS CONFESIONES, ¿diario de Agustín o biografía de Dios?	
I.— UN ENCUENTRO: CON LA VIDA	15
— Esta fue su patria	17
— Y estos sus padres	19
— Infancia y niñez	23
— Aquel año 16 de mi vida	27
— La gran ciudad: Cartago	30
II.— UNA INQUIETUD: DESCUBRIR	
LA VERDAD	39
— De nuevo en Tagaste	41
— Siempre Cartago	45
— De la capital de Africa a la capital del imperio	49
— Aquel hombre de Dios: San Ambrosio ..	53
III.— UN AFAN: ENCONTRAR A DIOS	59
— ¿Qué hacer?	61
— Los problemas de la inteligencia	64
— Toma y lee	68

IV.— UN IDEAL: CONOCER A DIOS	77
— En la tranquilidad con sus amigos	79
— Nuevo rumbo	85
— Siervo de Dios	88
V.— UNA VOCACION: SERVIR A	
LA IGLESIA	93
— Dios lo quiere	95
— El tiempo precioso	99
— Dios nos basta	102
— En el monasterio	109
— Todo es bueno	111
— Agustín y la Escritura	117
— Promotor de la unidad	120
— El misterio de Dios	126
— El gozo es común	130
— Repartiendo el pan de la palabra	131
— Roma, idesperta!	136
— Todo es gracia	142
— La vejez sin descanso	149
— La herencia de San Agustín	153